

LAS PALABRAS EN EL TIEMPO:
LOS DICCIONARIOS HISTÓRICOS

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LAS PALABRAS EN EL TIEMPO:
LOS DICCIONARIOS HISTÓRICOS

DISCURSO LEÍDO EL DÍA 23 DE NOVIEMBRE
DE 1980, EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL
EXCMO. SR. DON MANUEL SECO REYMUNDO
Y CONTESTACIÓN DEL
EXCMO. SR. DON RAFAEL LAPESA MELGAR



MADRID

1980

Copyright 1980, Manuel Seco Reymundo y Rafael Lapesa Melgar

Depósito legal: M.-39.437.—1980

Imprenta Aguirre.—Gral. Alvarez de Castro, 38.—Madrid

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON MANUEL SECO REYMUNDO

SEÑORES ACADÉMICOS:

MI primera palabra, en este momento tan señalado para mí, es “gracias”. Y mi primer deseo es que la escuchéis con oídos puros, capaces de contemplarla en toda su transparencia y de percibir toda la realidad afectiva y humana que ella contiene. Con ello responderéis noblemente a la sinceridad sin adjetivos con que yo la he pronunciado.

Dos subespecies creo que es posible distinguir, desde siempre, dentro del *Homo academicus*. A la primera pertenecen aquellos cuya talla intelectual, cuya elevación sobre la altitud media de la cultura del país, cuya condición de puntos de referencia indiscutidos en el cultivo o en el conocimiento de la lengua, son, para la noble Institución que los llamó, las columnas sobre las que se apoya y afianza el prestigio, en cierto modo mítico, con que ella ve aureolado su nombre en todas las tierras que hablan el español. Se encuentran en la segunda subespecie aquellos individuos que, por lo menos hasta el momento de ser llamados a la Academia, no eran mencionados en una conversación sin que alguno de los presentes preguntara: “Y ese, ¿quién es?”; individuos a los cuales el hecho de haber sido elegidos para entrar en esta Casa reviste de una dignidad y hasta de un renombre de que antes no disfrutaban; que, en vez de honrar, como los primeros, a la Academia, son honrados por ella.

No hace falta que ahora confiese en cuál de las dos subespecies me considero inscrito, yo, que soy, intelectual y moral-

mente, deudor de todos vosotros. De unos, discípulo directo que ha tenido la fortuna de prolongar su aprendizaje durante años y años, después de transcurrido ese momento singular de la existencia que es el paso por la Universidad; de otros, discípulo a través de libros que, a veces muchos años después de estudiados, me ofrecen siempre su luminosa compañía; de otros, lector fiel que encontró en vuestras obras no solo belleza, o meditación, o las dos cosas a la par, sino la riqueza impagable del estímulo a reflexionar, a sentir y a vivir. Más de uno hay entre vosotros cuyo nombre entró en mi conciencia ya en los primeros años de mi vida, en la voz de personas queridas que ya desaparecieron; nombre que, en aquel mundo de mi infancia, yo estaba muy lejos de suponer asociado a mi futura atmósfera espiritual. Mi presencia aquí, ante todos vosotros, no puede menos de ser tímida y sobrecogida; y ello me hace repetir, con algo más de fundamento, las palabras que dijo en una ocasión parecida, hace exactamente doscientos años, el gran Jovellanos: “Cuando me dais el derecho de sentarme entre vosotros, no tanto consideraréis lo que soy como lo que deseo ser”.

Don Vicente García de Diego

Pero, por intenso que sea mi entusiasmo y por decidida que sea mi voluntad, sé bien que nunca llegaré a haceros olvidar el vacío que dejó en esta Casa don Vicente García de Diego, cuya silla habéis querido que yo ocupe. Esta Academia, cuya historia tan rica es en hombres admirables, perdió con don Vicente García de Diego a uno de los que más larga, entregada y fecundamente la sirvieron. No solo la Academia: la lingüística española, los que a la lingüística española nos dedicamos, debemos recordar siempre su nombre con respeto y gratitud. Tres cuartos de siglo dados, paso a paso, a la enseñanza y a la investigación filológica son algo que una nación nunca agradecerá bastante. Porque la vida centenaria de García de Diego fue prodigiosa-

mente fructífera gracias a que en ella se impulsaron mutuamente una vocación clarísima, una laboriosidad sin fatiga y una curiosidad sin límites: tres poderosas fuerzas que rara vez se juntan a lo largo de tantos años en un hombre.

Dentro de la lingüística española, García de Diego es una figura de fuerte personalidad; y esta afirmación cobra más relieve cuando tenemos en cuenta que su fecha de nacimiento le sitúa —si nos atenemos a la escala establecida por Julián Marías— en la linde entre la generación de 1871, que es la de Menéndez Pidal, y la de 1886, que es la de Américo Castro y Navarro Tomás. En medio de esta constelación de gigantes, que señaló durante medio siglo el rumbo a todos los lingüistas y filólogos españoles, García de Diego muestra una notable originalidad.

Dos son las direcciones, frecuentemente superpuestas, de su aportación: la etimología y la dialectología. Fue precisamente por su especialización en la etimología por lo que don Vicente fue llamado a esta Academia. Al margen de una frondosa serie de artículos, cinco libros bastarían con creces para certificar una dedicación que siempre ha contado con pocos adeptos: *Contribución al diccionario hispánico etimológico* (1923), *Problemas etimológicos* (discurso de ingreso en la Academia, 1926), *Diccionario etimológico español e hispánico* (1954), *Etimologías españolas* (1964) y *Diccionario de voces naturales* (1968).

Este último título nos sitúa en una perspectiva clave para comprender al otro García de Diego: el amor a la naturaleza. Este amor explica su entrega cordial a la dialectología, la gran ventana que la lingüística tiene abierta de par en par al campo, al aire y a la luz. No hay contradicción alguna entre ella y la especialidad etimológica de que acabo de hablar —aparente elucubración de gabinete—; porque el etimologista García de Diego estuvo siempre apoyado, no solo en su profundo conocimiento del latín y de los estadios primitivos del romance peninsular, sino en una intensa y amorosa impregnación del habla rural viva de toda España, en particular de su natal Castilla la Vieja.

Los dos grandes pilares de la labor científica de García de Diego, la dialectología y la etimología, están de tal manera enterañados entre sí que vienen a ser en él dos dimensiones, horizontal y vertical, de una misma y única visión del lenguaje. Este apasionado interés por la vida real de las lenguas españolas y a la vez por su raíz histórica se extiende a lo largo de muchos años y de muchas páginas; el *Manual de dialectología española* (1946) es un compendioso testimonio de esta tenaz pesquisa.

De la indagación de la realidad lingüística de las olvidadas comarcas castellanas había de salir una de las aportaciones más fecundas de García de Diego al estudio de la lengua española: la de destacar, frente a la general uniformidad del español común y a la validez más o menos indiscutida de las leyes fonéticas que presidieron su formación, la presencia, frecuentemente relegada a un segundo término, de la variedad dialectal interna del propio castellano. La imagen feliz, creada por Menéndez Pidal, del castellano actuando como una penetrante cuña que se adentra en el complejo lingüístico peninsular, no es desvirtuada, sino, por el contrario, enriquecida y perfeccionada, por la imagen de García de Diego del mismo castellano como mosaico de dialectos ¹.

En este bosquejo esquemático de la obra de García de Diego quedan apuntados con nitidez algunos de sus rasgos humanos más notables. La Academia, que le rindió homenaje más de una vez, sabe sobradamente de su asiduidad, de su firme tenacidad en el trabajo y de su imperturbable mesura, de las que dan fe también quienes fueron discípulos suyos en las aulas del Instituto o de la Universidad ². Julio Caro Baroja nos habla de su puntualidad inflexible, cuando, con su llegada a clase, los alumnos podían poner sus relojes en hora exacta, igual que hacían los ciudadanos de Königsberg al divisar en su paseo cotidiano al filósofo Kant. Sobre todo, los que tuvieron a don Vicente como maestro en el Bachillerato dan testimonio de una labor honrada, eficaz y sabia, que dejó en ellos una gratitud más honda que la puramente intelectual. Porque García de Diego fue, sin duda,

uno de los hombres que más dignamente desempeñaron la segunda enseñanza; uno de esos maestros cuya importancia, según Marañón, es cien veces superior a la de los universitarios, pues son “trascendentales directores del alma humana cuando esta es todavía maleable y prodigiosamente apta para ser fecundada por todas las semillas”.

No quiero terminar esta semblanza de don Vicente sin reproducir el exacto retrato que de él ha trazado, en ágiles rasgos, Manuel Alvar: “Era una voz delgada, y un paso reposado; unos ojos ocultos acechando una pieza, y una pasión por el trabajo”. Esa es justamente la imagen que yo conservo de don Vicente en los dos momentos de mi vida en que tuve contacto con él. Fue, el primero, en la Universidad, donde me hizo atisbar con asombro las mil encrucijadas del mundo de los dialectos; el otro fue en esta misma Casa, donde, a la muerte de don Julio Casares, fue nombrado director del Seminario de Lexicografía, del cual yo ya formaba parte, y donde fue, por tanto, mi jefe, durante algunos años, en la redacción del *Diccionario histórico de la lengua española*.

Pero este mi recuerdo personal de don Vicente me lleva ya de la mano a entrar en el tema del que hoy quisiera hablaros: los diccionarios históricos.

Quédese aquí, pues, nuestro homenaje a un hombre de quien algo tendría que aprender un mundo rico en conocimiento, pero pobre en sabiduría.

Los diccionarios históricos

¿Qué es un diccionario? Un diccionario es y ha sido siempre un instrumento. Un instrumento cuya estructura externa, como la de tantos otros instrumentos indispensables dentro de nuestra civilización, está determinada rígidamente por el abecedario. Nombrado a secas, sin apellidos, y tal como lo concebimos hoy, es el

registro alfabético de un número elevado de voces de una lengua, el contenido de las cuales se explica por medio de un texto equivalente o sinonímico. Convendrá, desde el principio, prevenir la confusión entre el diccionario sin más, el que los lingüistas llaman el diccionario de lengua, y otros productos lexicográficos que con frecuencia le toman prestado el nombre (glosarios, vocabularios, enciclopedias, diccionarios especiales, diccionarios regionales, etcétera).

Insistamos en el carácter básico de herramienta, y no de especulación científica, propio del diccionario. La lexicografía no es una ciencia, sino una técnica, o, como dirían los clásicos, un arte. Esta bella palabra, *arte*, encierra en nuestro caso —permitidme la paradoja— una exacta ambigüedad, por lo que tiene la actividad del lexicógrafo de oficio y artesanía, y al mismo tiempo de intuición, sensibilidad y pasión. La condición de mera técnica o arte que tiene la lexicografía explica que durante siglos haya estado en manos de puros aficionados, y aun hoy en buena parte lo esté. Y conste que lo de puros aficionados no lleva ninguna carga despectiva. Un buen aficionado siempre es superior a un mal profesional. En el arte lexicográfico, buenos aficionados fueron, por ejemplo, los padres fundadores de esta Academia, autores del admirable *Diccionario de autoridades*.

Pero el hecho de que los diccionarios sean instrumentos y que su producción sea un arte o una técnica no implica que queden fuera del ámbito de la actividad científica. Precisamente en la primera mitad del siglo XIX, cuando nace la ciencia lingüística moderna, los gramáticos y los filólogos empiezan a hacer diccionarios, porque entienden que nada que verse sobre la lengua debe serles ajeno a los estudiosos de ella. Es la época en que, a distintos niveles y con distintos criterios, nuestro gramático Vicente Salvá compone su notable *Nuevo diccionario de la lengua castellana* (1846) y en Alemania los filólogos Jacob y Wilhelm Grimm comienzan su ambicioso *Diccionario alemán* (1838). No se trata de un exclusivismo gremial al grito de “la lengua para

los lingüistas”, sino, por el contrario, de la generosidad de la verdadera ciencia, que, lejos de limitarse a trabajar para el clan de los sabios, comprende que el saber está al servicio de la sociedad, y más aún en algo tan radicalmente social como el lenguaje.

La invasión pacífica de la lexicografía por los lingüistas tiene por finalidad mejorar la calidad de la información del diccionario, apoyándola sobre bases metodológicas más sólidas que las habituales. La inclusión de autoridades confirmantes de las definiciones, tal como se había hecho en el italiano *Diccionario* de la Crusca (1612), o en el primer *Diccionario* de la Academia Española (1726-39), o en el *Diccionario* inglés de Samuel Johnson (1755), había supuesto ya un progreso muy considerable sobre los métodos corrientes. Los lingüistas del siglo XIX consideran que es necesario dar un paso más: la aplicación del método histórico, de acuerdo con la dirección vigente en la lingüística de la época. Nacen así los diccionarios históricos, que se distinguen por su propósito de catalogar el léxico de una lengua sobre la base de una documentación que abarca toda la historia de esa lengua, y en que cada artículo viene a ser una monografía documentada sobre la evolución de una unidad léxica, así en el plano del contenido como en el de la expresión.

No se identifican los diccionarios históricos con los etimológicos, nacidos en tiempo muy anterior, pero renovados y dotados de rigor científico justamente en el mismo siglo en que surgen aquellos. Aunque ambos tipos de diccionarios coinciden en la orientación diacrónica, el interés del etimológico se centra en el origen de las unidades léxicas³. Dice Ramón Gómez de la Serna que “cada palabra tiene un hueso incontestable: su etimología”. Pues bien, en realidad ese hueso es roído por uno y otro diccionario, cuyos elementos se entrelazan con frecuencia, y es imposible componer seriamente el uno a espaldas de las aportaciones del otro. De todos modos, los límites entre los dos están determinados con cierta claridad por la diferencia de sus

objetivos. Y digo “cierta claridad”, porque, para etimologistas de la talla de Wartburg y Onions, la etimología es la historia de la palabra, y no escuetamente de su nacimiento ⁴. Es solo el esquematismo extremado con que estos autores tratan la evolución semántica de las unidades léxicas lo que realmente diferencia sus diccionarios etimológicos de los históricos. Lo que digo es válido asimismo para el maestro Corominas, quien llega a afirmar que su *Diccionario etimológico* es al mismo tiempo un diccionario histórico: aserto bastante menos evidente para el lector que para el autor ⁵.

Por otra parte, tampoco es muy nítido el concepto de diccionario histórico dentro del conjunto de las obras que habitualmente se catalogan bajo este rótulo. Habrá que empezar observando que solo parte de ellas declaran su carácter histórico, sea en la portada, sea en el prólogo, y que muy pocas lo ostentan abiertamente en su mismo título. Y que, al mismo tiempo, algunas obras que no pertenecen a este género se presentan como históricas en sus prólogos o en sus portadas. Además, no olvidemos que, ayudando un poco más en esta confusión, el nombre de diccionario histórico se ha aplicado también a obras que no son diccionarios de lengua, sino de historia, como el famoso *Diccionario histórico y crítico* de Bayle (1696-97).

Cuatro son, pienso, las modalidades de diccionarios históricos, cuyo denominador común es el enfoque diacrónico en el estudio de cada unidad léxica, junto con la aportación de pruebas del uso de esta desde su aparición en la lengua hasta el momento en que el diccionario se compila.

Está en primer lugar la obra que presenta con rigor cronológico la evolución semántica total de la palabra a lo largo de la historia de la lengua. A este tipo pertenecen, por ejemplo, el *Diccionario inglés de Oxford* (1888-1928) y el nuevo *Diccionario histórico* de la Academia Española (1960-). Es este el tipo de diccionario que mejor se ajusta a aquella “visión diacrónica no adulterada del léxico” de que habla Malkiel, ya que sus

materiales están “ordenados a hacer surgir plásticamente la dinámica del desarrollo léxico, con atención destacada a la sucesión y a la compatibilidad mutua de los significados”⁶.

Una segunda modalidad es la que, siguiendo una idea sugerida por Craigie (1919) y por Wartburg (1943), describe la evolución semántica del léxico dividiendo su historia en períodos que son objeto de estudio independiente y que convencionalmente se consideran como unidades de sincronía, de tal manera que el diccionario histórico consiste en una suma de diccionarios históricos parciales⁷. Este método, que Tollenaire llama “sincrónico-diacrónico”⁸, es el seguido en el *Tesoro de la lengua francesa* (1971-), hoy en publicación, y en los diccionarios históricos italiano y rumano, en preparación.

Otro grupo —tercero— es el constituido por los diccionarios que, al igual que los del primer tipo, estudian de una vez la historia de cada unidad léxica, pero, sin tratar su evolución semántica, se limitan a documentar históricamente cada una de las acepciones. Se encuentran aquí, por ejemplo, el *Diccionario catalán-valenciano-balear* de Alcover y Moll (1930-62), el primer *Diccionario histórico* de la Academia Española (1933-36) y el *Diccionario* italiano de Battaglia (1961-).

Y, por último, existe el diccionario que presenta la historia de la palabra documentada desde su aparición en la lengua hasta la actualidad, pero con una discriminación entre la época preclásica y las épocas clásica y posteriores, obedeciendo a una contaminación entre el criterio histórico y el criterio normativo. La documentación preclásica es global, esto es, solo referida al significante, mientras que la posterior está distribuida según las acepciones modernas de la palabra. Este tratamiento es el del célebre *Diccionario de la lengua francesa* de Littré (1863-73).

Quedan al margen de los diccionarios históricos otros que presentan algunas afinidades con ellos, pero que carecen del propósito de establecer la historia entera de las palabras. Entre ellos figurarían los diccionarios de autoridades, que ilustran y

documentan cada acepción con textos tomados dispersamente de la literatura anterior (por ejemplo, en nuestra lengua, el *Diccionario de autoridades* por antonomasia y el *Diccionario* de Pagés); o las obras dedicadas exclusivamente al registro del léxico de una época dada (como las francesas de Godefroy, Hatzfeld-Darmesteter o Paul Robert). Este último grupo se distingue de los diccionarios históricos llamados “de cortes sincrónicos” —tipo *Tesoro de la lengua francesa*— en que concibe una determinada época como objeto aislado, y no como parte integrante de un sistema total; es decir, carece de un programa general que abarque la historia toda de la lengua.

El enfoque diacrónico del léxico no puede suministrarnos un conocimiento “sistemático” de este, el cual solo puede lograrse a través del estudio sincrónico. El diccionario histórico es prácticamente una gran suma alfabética de monografías históricas de las palabras, una serie innumerable de compartimientos estancos en que son examinadas una por una (con lupa o con microscopio, según la calidad del equipo de laboratorio) las palabras que bullen y se agitan, o se han agitado, en el enorme caldero del idioma. Por eso, situándonos en el punto de vista de la lengua como sistema, podríamos suscribir la afirmación de Josette Rey-Debove: “El diccionario histórico no describe, de hecho, ninguna lengua real, pues su nomenclatura acróica amontona palabras de todas las épocas (de varios estados de lengua reales) que no han funcionado simultáneamente, y superpone estructuras léxicas incompatibles”⁹. A pesar de esta peculiaridad, que la lexicógrafa francesa considera una “aberración”, no pueden desconocerse, ni ella misma los desconoce, los valores del diccionario histórico, si no se pierde de vista la condición instrumental de la lexicografía.

Aunque el destinatario inmediato del diccionario histórico es el estudioso de la lengua, no es en modo alguno el único, y tal vez ni siquiera el principal. Corresponde este puesto a toda la sociedad que es dueña e hija de esa misma lengua. Rey-Debove

considera que el interés del simple lector culto justificaría por sí solo la existencia del género, ya que las civilizaciones de la lectura tienen una competencia léxica pasiva que modifica profundamente la competencia normal de la comunicación, y esa competencia pasiva puede remontarse muy lejos en el tiempo¹⁰. También Paul Imbs, al presentar el *Tesoro de la lengua francesa*, piensa en ese público cultivado, enfrentado con la interpretación exacta de los textos literarios y deseoso de un conocimiento profundo del léxico de su propia lengua¹¹. Podría argüirse que estos intereses del lector culto ya están fundamentalmente atendidos en un diccionario general extenso, como el *Diccionario* común de la Academia Española, tan rico en arcaísmos; pero la falta de precisiones cronológicas en este y en otros clientes suyos conduce con más frecuencia a la confusión que a la orientación del consultante.

El historiador de la cultura ha de encontrar en las páginas de los diccionarios históricos un caudal abundante de información a través del vehículo precioso de las palabras, testigos de las realidades materiales, morales e intelectuales de la sociedad en las distintas épocas. Una serie valiosa de estudios sobre léxico, como los de Matoré y Dubois en Francia, o, entre nosotros, los de Lapesa, Seoane, Rebollo Torío, Battaner y otros, han demostrado el altísimo interés que para la comprensión de un determinado momento histórico tiene el estudio del léxico en él vigente, y particularmente de sus neologismos. Pero, a su vez, la correcta calificación de estos y la valoración adecuada de aquel solo pueden lograrse si se dispone del arsenal de materiales contemporáneos y anteriores almacenados y ordenados en las columnas de un diccionario histórico.

No hará falta ponderar la importancia que ese almacén de datos léxicos, semánticos y gramaticales tiene para los filólogos y para los lingüistas. El heroísmo con que trabajan quienes, sin tener a su disposición diccionarios históricos de una determinada lengua, se adentran en la investigación de la historia de esa len-

gua y en el análisis e interpretación de sus textos literarios y no literarios, es digno de la mayor admiración si se compara con la ventaja de salida con que cuentan los investigadores que penetran en otras lenguas y literaturas pertrechados de una importante información auxiliar suficientemente resuelta por la lexicografía histórica. En particular, la etimología necesita de una documentación cronológica mínimamente fidedigna como una de sus bases imprescindibles; si carece de ella, es fácil que dé saltos en el vacío y que establezca filiaciones absolutamente erróneas o imagine secuencias y evoluciones de sentido contrario al real¹². Los diccionarios históricos no solo suministran al etimologista la información necesaria para que pise terreno cronológico seguro, sino también un acopio de formas antiguas y modernas, literarias y dialectales que no es probable sea igualado por la diligencia del investigador y que le ayudará a cerrar con hechos, y no con hipótesis, la malla de la evolución formal del léxico. Y, al lado de todo esto, ponen a su servicio la información semántica indispensable para que la etimología no se encierre, como tantas veces ocurre, entre las paredes de un ejercicio principalmente mecánico y formalista, ciego, o al menos miope, a la realidad del signo lingüístico.

El estudio mismo de la lengua actual, particularmente de su léxico, solo puede llevarse a cabo partiendo de un conocimiento profundo de las etapas anteriores, si aspiramos a que entre nuestras hazañas no figure la de descubrir el Mediterráneo. Solo en un raptó de obnubilación o en una condición de virginal ignorancia puede el investigador perder de vista que un estado de lengua es solo un instante en una evolución infinita; que el habla de hoy es hija y nieta del habla de ayer y de una serie de ayeres y de anteayeres que se alejan en el pasado; y que la comprensión perfecta de lo que hoy es vivo precisa, no exclusivamente, pero sí *también*, de la luz que puede darnos el conocimiento de lo que era vivo ayer.

La carencia, todavía, de un diccionario histórico de nuestra lengua se hace sentir de modo muy palpable en nuestros diccio-

narios usuales, desde los de grueso calibre hasta los de formato manual. El *Diccionario* académico llamado común tiene como punto de partida el *Diccionario* de 1726, sometido a lo largo de dos siglos a diecinueve revisiones, en las cuales se ha enriquecido la nomenclatura, se han reformado las definiciones y se han acrecentado las acepciones. Esta labor, particularmente considerable en los últimos decenios, ha servido para sostener el prestigio tanto del propio *Diccionario* como de la Corporación editora; pero el tesoro léxico amasado por tantas generaciones de académicos no puede ser beneficiado sin cautela. La Academia dice marcar como “anticuadas” las voces y acepciones que pertenecen exclusivamente al léxico de la Edad Media, y como “desusadas” las que se usaron en la Edad Moderna, pero que hoy no se emplean ya; mas la benevolencia con que esta norma se cumple puede comprobarse observando que términos como *albardanería* y *ablandahigos*, cuyos últimos testimonios de uso, según el *Diccionario histórico* de la propia Academia, se quedan respectivamente en los años 1537 y 1611, aparecen en el *Diccionario* común como vivos y normales (ni siquiera literarios o regionales) en la actualidad. Y como actual y viva registra el *Diccionario* académico de 1970 la conjunción *maguer*, cuando ya hace más de doscientos años servía esta palabra para motejar a los literatos arcaístas “que chocheaban con ancianas frases” (palabras de Iriarte) ¹³.

Lo que ocurre en el *Diccionario* académico ocurre también en los demás, porque todos se nutren básicamente de lo que dice aquel, aunque no muchos tengan la honradez de decirlo y no pocos tengan el cinismo de vituperar la mina explotada. Dejando a un lado la mayor o menor apertura al neologismo con que estos diccionarios tratan de distinguirse, la necesidad material de aligerar el caudal académico los lleva a eliminar, o al menos devaluar tipográficamente —según declaran en sus prólogos— todos los términos anticuados o desusados; para lo cual se sirven de un doble criterio: las propias indicaciones de la Academia (que no

siempre son de fiar, como acabamos de ver) y la mera “competencia” lingüística del lexicógrafo, que por desgracia nunca pasa de ser una gota de agua en el océano del idioma ¹⁴.

¡Cuánto saldrá ganando la lexicografía de la lengua española (y en consecuencia los hispanohablantes) el día que disponga de los datos objetivos sobre vigencia de palabras y acepciones que un diccionario histórico puede ofrecerle! Porque, si un diccionario histórico, con su profusión de datos organizados, es siempre una cantera inagotable de estudios sobre el idioma y más concretamente el léxico, es, sobre todo, la base documental indispensable para construir cualquier diccionario general de la lengua.

Los diccionarios históricos, por sus grandes dimensiones, son obras que para su ejecución ofrecen muchas dificultades, y por lo mismo están expuestas a muchos defectos. Como dijo Samuel Johnson, “un trabajo grande es difícil porque es grande, aunque individualmente todas sus partes pudieran ser ejecutadas con facilidad; donde hay muchas cosas que hacer, debe darse a cada una su parte de tiempo y de trabajo solamente en la proporción que ella tiene en el conjunto; y no puede esperarse que las piedras que forman la cúpula de un templo estén talladas y pulidas como el diamante de una sortija” ¹⁵. Con razón escribió Jacob Grimm, pionero en estas tareas: “Por su naturaleza, los libros de esta clase solo pueden llegar a ser buenos en una segunda edición” ¹⁶. Mas —sigamos también a Pero Grullo— para alcanzar esa buena segunda edición seguramente no hay más camino que hacer antes la primera.

El Diccionario alemán de los hermanos Grimm

El primero de todos los diccionarios históricos va unido al nombre de los hermanos Jacob y Wilhelm Grimm, cuya fama, para todo el mundo, se apoya en los *Cuentos*, y, para los lingüistas, en la importante Ley de Grimm, que es una de las claves

de la lingüística germánica. La invención de la lexicografía histórica no se debe, sin embargo, a iniciativa espontánea de los geniales hermanos, sino —¿quién lo diría?— a los avatares de la política. En efecto, Jacob y Wilhelm, profesores y bibliotecarios en Gotinga, fueron destituidos y expulsados en 1837 por haber firmado, junto con otros cinco colegas, una protesta contra la arbitraria revocación de la Constitución de Hannover por el rey Ernesto Augusto. Exiliados y privados de sus medios de vida, aceptaron, para subsistir, la propuesta de un editor de Leipzig: se comprometieron a compilar un diccionario de la lengua alemana en seis volúmenes.

Lo importante es cómo fue dotado de contenido este marco impuesto por una realidad adversa. Jacob Grimm, al planear el trabajo, consideraba necesario superar los diccionarios de Adelung y Campe, haciendo una obra moderna y científica. Lo científico en lingüística, en aquel momento, era el enfoque histórico y descriptivo; y, de acuerdo con él, el diccionario fue concebido como una exposición del léxico alto-alemán tal como estaba atestigüado por el uso desde mediados del siglo xv hasta el momento presente. Se excluía, pues, toda intención normativa, y se concedía atención fundamental al testimonio cronológico y formal de los textos como base para establecer la historia de cada palabra.

El contrato del diccionario, en el que los Grimm habían puesto grandes esperanzas, no sirvió en absoluto para sacarlos de apuros, y fueron otros sucesos los que les permitieron salir adelante. Pero el veneno de la lexicografía ya había entrado en su espíritu. Desde 1838, en que comenzaron los trabajos, hasta su muerte, no cesaron en la tarea. El primer fascículo del *Diccionario alemán* apareció en 1852, y el primer volumen se completó en 1854. A la muerte de Jacob (1863) —Wilhelm había fallecido cuatro años antes—, se había llegado a la primera parte del volumen IV, abarcando aproximadamente un 25 por 100 del total del léxico ¹⁷.

La redacción había corrido a cargo exclusivamente de los dos hermanos, si bien en la recogida de materiales habían sido auxiliados por 83 voluntarios. Salieron erradas las cuentas en el tiempo y en la extensión: la vida se les acabó antes que la obra, y, en lugar de los seis volúmenes previstos, la realidad de la redacción hacía calcular su número en dieciséis.

Pero hay algo admirable en el *Diccionario alemán*, aparte de su valor inaugural de una nueva y ambiciosa rama de la lexicografía. Es un mérito que no corresponde ya a sus autores, sino a su pueblo: la tenacidad con que la obra, privada del impulso de sus creadores, fue continuada, a través de mil vaivenes y dificultades, hasta llegar a su terminación, en 1961; 123 años después de iniciados los preparativos; 107 después de la publicación del primer volumen. En total eran 32 volúmenes, 380 fascículos. Como en las grandes catedrales del pasado, en la dirección de la obra se sucedieron diversas manos, en su producción se relevaron varias generaciones, y en su técnica, contenido y estilo se marcó la huella de distintas épocas. Pero emociona ver cómo el formato, la tipografía, la portada con su ingenuo grabado alegórico y el lema “En el principio era la palabra”, son iguales, pasado más de un siglo, en el último volumen que en el primero, como símbolo elocuente del amor de los pueblos cultos a su tradición intelectual. Debe subrayarse, además, que la conclusión del *Diccionario* fue obra conjunta de las dos Alemanias, merced a la cooperación entre la Academia de Ciencias de Berlín y la Academia de Ciencias de Gotinga.

La lección que el *Diccionario* de Grimm nos ofrece de constancia y continuidad, de solidaridad histórica y nacional, en la ejecución de un homenaje a una lengua, tiene todavía una prolongación elocuente. El auténtico respeto a la obra gigantesca y a sus fundadores, plasmado en el tesón por llevarla a término, no ha impedido que sus ultimadores sean perfectamente conscientes de las lagunas y desigualdades que la elaboración secular ha dejado en ella. Y así, en 1957, antes de concluirse los últimos

fascículos, ya empezaron los proyectos para una nueva edición del *Diccionario*, cuya primera fase sería la reelaboración de su parte más antigua y anticuada, las letras A a F. El plan, asumido por los dos departamentos lexicográficos de Berlín y Gotinga, fue puesto en marcha inmediatamente; y, tras una intensa recogida de materiales nuevos, apareció ya en 1965 el primer fascículo de la nueva edición, que ha sido seguido por varios más en los años posteriores ¹⁸.

En la profunda renovación que la lexicografía experimentó en el siglo XIX, el *Diccionario* de Grimm desempeñó un papel fundamental. La orientación histórica por él inaugurada está presente en una serie no escasa de obras nacidas a lo largo de ese siglo y del nuestro. Considerando solo las lenguas románicas y germánicas, mis noticias registran, desde 1854 hasta hoy, veinte diccionarios históricos emprendidos, de los cuales ocho están terminados, siete están en publicación, dos fueron abandonados y tres se encuentran en preparación sin haber llegado aún a la imprenta. Aparte del alemán, las lenguas estudiadas son el italiano, el francés, el neerlandés, el inglés (y su variedad norteamericana), el sueco, el danés, el catalán, el escocés, el español y el rumano. Algunas de estas lenguas cuentan con más de una obra en su haber ¹⁹.

El Diccionario de Oxford

El fruto hasta ahora más perfecto de esta rica floración es, sin duda, el *Diccionario inglés de Oxford*, publicado de 1888 a 1928, en doce grandes volúmenes, con un primer Suplemento aparecido en 1933. Aparte de la perfección más elemental, la de que *está hecho* y terminado, es, de las obras hasta hoy realizadas, la que con más rigor se ha atendido al principio histórico, combinando el respeto al dato cronológico con la afinada búsqueda del hilo de la evolución semántica de cada palabra. Habida cuenta de que la extremada dificultad de esta tarea es totalmente

nueva en cada nuevo artículo, y que el trabajo versaba sobre una lengua rica en caudal, en historia y en literatura, la redacción se completó en un plazo relativamente breve —cuarenta y cinco años entre el primer fascículo y el último—; y, si bien su iniciador no pudo llegar hasta el final, sí vivió lo suficiente para ver impresas tres cuartas partes de la obra, marcando en el todo un carácter unitario muy difícil de lograr en una producción de tan grandes dimensiones ²⁰.

El artífice de este monumento a la lengua inglesa es James Murray, un escocés nacido en 1837, maestro de escuela en su comarca natal, autodidacto, con la impaciente curiosidad, típica del superdotado, por todos los saberes (fue él quien enseñó las primeras nociones de electricidad a un niño llamado Graham Bell, que años más tarde inventaría el teléfono); pero su curiosidad pronto se polarizó en la filología. Este joven maestro no hubiera salido en su vida de su condición de eminencia local, a no ser por un episodio biográfico, la enfermedad de su mujer, que le obligó a abandonar Escocia en busca de clima más benigno para ella. El traslado a Londres no solo no sirvió para salvar a la enferma, sino que forzó a Murray a cambiar la enseñanza por algo tan ajeno a ella como un puesto de empleado de banca. Hubo, sin embargo, una providencial contrapartida: la residencia en la capital le puso en contacto con la Philological Society, el punto de encuentro más importante entonces de los estudiosos de la lingüística en Inglaterra. La Sociedad admitió como miembro al modesto bancario, sin preocuparse de su carencia de títulos universitarios y mirando nada más a su auténtica y desnuda competencia, que solo más tarde había de obtener reconocimiento oficial. Cuando, pocos años después, había conseguido Murray librarse del duro Banco y volver a su vocación docente en una escuela cercana a Londres, y cuando le esperaba una vida plácida, equilibrada entre la enseñanza, la investigación y un hogar feliz, le vino de lo alto la llamada fatal de la lexicografía.

La Philological Society preparaba desde 1857 un diccionario basado en principios históricos, en el cual se habían sucedido en veintiún años tres directores, sin más resultado práctico que la recogida de una cantidad notable, aunque desordenada, de materiales. En 1878, la Sociedad cree llegado el momento de dar el paso decisivo. Como no tiene recursos materiales, negocia la publicación con la editorial universitaria de Oxford. Y al mismo tiempo pide que se haga cargo de la dirección a James Murray, cuya laboriosidad, preparación y rigor han quedado probados en sus trabajos dialectales y filológicos. El pacto tripartito se produce: se editará un diccionario en cuatro volúmenes, con un total de 6.400 páginas, en diez años, precedidos de una preparación de tres. (La comparación con la realidad posterior es instructiva: al final serán, no cuatro, sino doce volúmenes; no 6.400, sino 15.500 páginas; y no diez años, sino cuarenta y cinco.)

La realización del *Diccionario de Oxford* presenta tres características externas dignas de señalarse. La primera es el calor popular que desde el principio al fin apoyó e impulsó la obra. La segunda, el sentido práctico con que se logró dar una organización eficaz a una tarea de dificultad ilimitada. La tercera, la entrega en cuerpo y alma de una persona a su ejecución.

El apoyo popular al *Diccionario de Oxford* no se produjo en forma de adhesiones entusiastas o cualquier otro tipo de alharacas, sino en forma de colaboración efectiva. En los primeros momentos del proyecto, la Sociedad Filológica, siguiendo el ejemplo de los hermanos Grimm, decidió pedir la ayuda de voluntarios para la recogida de materiales. Ya en 1857 se habían ofrecido y puesto a trabajar 76, cuyos primeros resultados empezaron a llegar muy pronto a manos de la Sociedad. En los años siguientes la cifra de los colaboradores llegó a más de 170, algunos de los cuales contribuyeron con el envío de más de 10.000 fichas, entre ellos, cuatro con unas 50.000 y dos con más de 100.000. Cuando Murray se hizo cargo de la dirección del dic-

cionario, difundió un nuevo llamamiento a todo el mundo anglohablante, y a esta circular respondieron en el primer mes 165 personas, que un año más tarde eran 754, y al cabo de otro año más de 800. Unida la labor de este ejército a la del minúsculo equipo redactor, el total de fichas que se reunieron como base para la elaboración del diccionario fue de unos cinco millones. Es cierto que no toda esta contribución era de primera calidad, y que buena parte de ella exigió revisiones a la hora de su utilización; pero no es menos cierto que constituyó uno de los factores decisivos en la construcción de la obra.

James Hulbert ha escrito que hoy sería improbable una cooperación gratuita semejante: la gente está demasiado ocupada, demasiado metida en la dura tarea de abrirse camino, para poder dedicarse a extraer citas destinadas a un obra que no les va a dar fama ni dinero. Pero en aquel mundo tranquilo que precedió a la primera Guerra Mundial había en Inglaterra una clase ociosa culta, centenares de personas instruidas que vivían de rentas o de trabajos poco absorbentes y que eran capaces de apreciar la importancia del diccionario proyectado y de sentir placer en colaborar en su preparación ²¹.

El escepticismo de Hulbert sobre la posibilidad actual de este tipo de ayuda colectiva se fundaba en el fracaso con que un intento parecido tropezó en Estados Unidos. Nosotros podríamos añadir otro ejemplo español. Pero no generalicemos tan aprisa. Dentro de España se ha dado un caso de colaboración de la sociedad con una empresa lexicográfica, la del *Diccionario catalán-valenciano-balear* (de la que hablaré en seguida). Y en la Inglaterra de nuestros días se ha vuelto a repetir. Cuando en 1957 se hizo pública la idea de editar un nuevo Suplemento del *Diccionario de Oxford*, una legión de casi cien colaboradores desinteresados aportó su esfuerzo en la papeletización de textos. Entre ellos figuraba un veterano de ochenta y cinco años que había trabajado ya (también gratis) para el diccionario de Murray. Y no fue escasa la contribución de estos voluntarios: en

cinco años, gracias a ellos, se formó una colección de millón y medio de fichas, base para la compilación del Suplemento, el cual se va publicando a buen ritmo ²².

No parece, pues, ante estos dos casos, que se deba explicar la presencia de los colaboradores externos por la existencia de una clase ociosa en una época plácida, sino en algo más inmediatamente ligado con la materia de esa colaboración: el amor hacia la propia lengua, unido a la convicción de que el verdadero amor se traduce en obras, y al instinto —o a la experiencia—, común a todos los pueblos civilizados, de que el trabajo solidario es capaz de los mayores logros. La clara conciencia de que con el acarreo modesto de piezas a la gran construcción se contribuye a la grandeza y vitalidad de la lengua que se ama es el motor que impulsa y sostiene el entusiasmo de estos donantes de tiempo y de fatigas.

El segundo rasgo que quiero señalar en la producción del *Diccionario de Oxford* es el sentido práctico que se impuso sobre las dificultades imprevistas e imprevisibles. En el acuerdo previo, ni los editores ni el autor disponían de datos objetivos para establecer sus cálculos, y pesaron en ellos más de lo conveniente la imaginación y el deseo. Las consecuencias salieron pronto a la vista: la extensión y la duración del trabajo se presentaban mucho más largas de lo pensado, y el dinero presupuestado se revelaba a la vez angustiosamente corto. La editorial de la Universidad hubiera podido suspender un proyecto que, lejos de resultar rentable como se había supuesto, amenazaba con prolongar por tiempo indefinido los gastos, con grave detrimento de otros planes editoriales. No habría parecido una insensatez cortar drásticamente la sangría. No se hizo así: se impuso la comprensión de la importancia de la obra, cuya viabilidad se aseguró ingeniando un procedimiento para acelerar de manera sustancial la producción del libro; y fue poner en funcionamiento al lado del taller de redacción un segundo taller, y más tarde un tercero y aun un cuarto ²³. Así, bajo una única dirección ge-

neral, bajo unos métodos uniformes, los cuatro equipos lexicográficos atacaron la mole del léxico inglés por distintos ángulos, y consiguieron encerrar en un tiempo limitado lo que había parecido una aventura hacia el infinito.

Tercer factor decisivo en la realización del *Diccionario* inglés es la identificación de un hombre con la obra. Cuando James Murray tomó sobre sus hombros en 1879 el gran compromiso, creyó que su cumplimiento sería compatible con media jornada de su actividad como maestro en Mill Hill. Pero en 1885, publicado ya el primer fascículo del libro, tanto él como la editorial se habían convencido de que era indispensable una dedicación exclusiva a este trabajo. Murray dejó la escuela, se mudó a Oxford, y perdió para siempre su libertad. Tenía entonces cuarenta y ocho años. Los treinta que aún duró su vida fueron dedicados por entero al *Diccionario*, en jornadas de doce a quince horas, en ocasiones sin ninguna vacación anual: régimen que solo una extraordinaria fortaleza física y mental podía soportar, apoyada por una energía de espíritu no menos excepcional, hija de una fe casi visionaria en la trascendencia de la empresa. Este entusiasmo personal, que no solo impulsó su propia actividad, sino la de sus colaboradores, es un caso de vocación pura servida con absoluta lealtad, y, sin ninguna duda, una de las claves de la conclusión feliz del *Diccionario de Oxford*.

El Diccionario catalán-valenciano-balear

Algunos de los rasgos que caracterizan la historia del *Diccionario* inglés se repiten, dentro de nuestra patria, en la historia del *Diccionario catalán-valenciano-balear*. El respaldo social a la obra, y la entrega total a esta de la vida de sus creadores, son analogías significativas entre dos libros monumentales terminados con éxito.

¿Cómo se hizo el *Diccionario catalán-valenciano-balear*?²⁴. En 1901, un canónigo mallorquín, mosén Antonio María Alco-

ver, que entonces contaba treinta y nueve años, imprimió y lanzó a todas las regiones del área lingüística catalana una *Carta de invitación* en la que exhortaba a todos los amantes de la lengua a colaborar en la formación de un diccionario general de ella, hecho de primera mano y superador de todos los publicados hasta entonces. Alcover, hombre apasionado, fue la llama que hizo encenderse en todo el pueblo catalanohablante un entusiasmo idiomático que latía ya desde la eclosión de la *Renaixença*. Fue Alcover una especie de Pedro el Ermitaño de la gran cruzada lingüística que había de culminar en la producción del *Diccionario*. Las actividades del inquieto canónigo en los primeros años del siglo —la citada *Carta de invitación*, la edición del *Boletín del Diccionario de la Lengua Catalana*, los incansables recorridos por todas las regiones del área lingüística, el multitudinario Congreso Internacional de la Lengua Catalana— dieron como fruto un clima de hiperexcitación a favor de la lengua, el cual presidió con muy optimistas auspicios los primeros trabajos del *Diccionario*.

Pero ni mosén Alcover ni, por supuesto, sus millares de devotos colaboradores contaban con la preparación científica indispensable para la realización de una obra que pretendía ser nada menos que el diccionario “exhaustivo” de una lengua: histórico, literario y dialectal, todo en una pieza. La empresa, que tenía —como ha señalado Badía Margarit— un carácter exclusivamente afectivo, no hubiera llegado lejos, de no entrar en ella otro ingrediente genial de su promotor: la intuición. Alcover (que ya antes había sabido valorar y aprovechar la ayuda inestimable del romanista Schädel) tuvo el acierto singular de descubrir, en 1921, a Francisco de Borja Moll, estudiante menorquín de diecisiete años, que sería ya para siempre su brazo derecho y, después de su muerte, el alma del *Diccionario*. Moll poseía las cualidades que a Alcover le faltaban, por lo que era su complemento perfecto. Viéndolo así este con claridad, puso todos los medios para dotar a su joven colaborador de una for-

mación completa encaminada a la gran tarea: le hizo estudiar filología románica con Schädel y Meyer-Lübke y le llevó consigo en largos viajes de encuesta dialectal para completar la recogida de materiales.

El “apóstol de la lengua catalana” había conseguido interesar personalmente al rey Alfonso XIII y logrado para el *Diccionario* una subvención del Gobierno. El progreso decisivo que este apoyo supuso para el *Diccionario* culminó con la anhelada publicación, en 1927, del primer fascículo. Pero el suceso feliz se producía justo en el momento en que ciertas restricciones presupuestarias suprimían la subvención oficial que había durado seis años. El tesón de Alcover consiguió que, a pesar de todo, el *Diccionario* saliese adelante, a costa de su propia ruina económica, que le hizo vivir el resto de sus días en extrema pobreza.

Sin Alcover, el *Diccionario* catalán no se hubiera emprendido; sin Moll, no se hubiera hecho. A la muerte de Alcover, en 1932, solo se habían publicado el tomo I y parte del II. Cuando Moll empuñó el timón, no sabía que a las graves dificultades económicas se unirían en seguida otras mayores. La Guerra Civil cortó la publicación, y también las perspectivas de reanudación. Pero Moll, que había heredado de su maestro la obstinación heroica, no solo continuó redactando artículos, sino que consiguió la preciosa colaboración del valenciano Manuel Sanchis Guarner, sin saber ni uno ni otro si algún día llegarían a ver la salida del túnel. La luz, sin embargo, fue poco a poco vislumbrándose. La cooperación moral y material de diversas personas, unida al prestigio y a las dotes diplomáticas del propio Moll, logró ayudas económicas decisivas en todas las tierras catalanohablantes, y la publicación pudo reanudarse en 1949 para seguir ya, con paso firme, hasta completar sus diez volúmenes en 1962, cuando se cumplía el centenario del nacimiento de mosén Alcover.

Este *Diccionario*, ha dicho Yakov Malkiel, “combina de manera original y plenamente satisfactoria una copiosísima docu-

mentación histórica, bien destilada, con una abundante colección de formas dialectales localizadas y transcritas con rigor fonético. [...] La ejecución escrupulosa, el caudal de datos fidedignos, la presentación amena y la elegancia del tono elevan esta obra al rango de los mejores diccionarios del mundo, sin rival en los anales de la lexicografía hispánica”²⁵.

*Los diccionarios históricos del español:
el Diccionario de 1933*

Hemos visto, pues, la primera obra del género “diccionario histórico” —el *Diccionario* alemán—; la obra culminante y más extensa —el *Diccionario* inglés—, y la primera obra, con tanta dignidad realizada, sobre una lengua española —el *Diccionario* catalán—. ¿Qué se ha hecho, en este terreno, sobre la lengua común de todos los españoles, morada espiritual y punto de encuentro de una veintena de naciones? Todo lo que hasta ahora se ha intentado, lo poco que hasta ahora se ha hecho, ha salido de estos muros.

En 1914 imprimió la Real Academia Española un libro titulado *Plan general para la redacción del Diccionario histórico de la lengua castellana*. En su presencia modesta, aquel libro, aparecido en bélica fecha, era una sacudida dentro de la vida monocorde de la Academia. Ciertamente el suceso no era aislado: hoy vemos que forma parte del vivo impulso que las actividades académicas experimentaron en los años en que fue director de esta Casa don Antonio Maura, durante los cuales, entre otros acontecimientos, se inició la publicación del *Boletín de la Real Academia Española*, se planeó y redactó el excelente *Diccionario manual e ilustrado* y se realizó la importante edición de 1917 de la *Gramática* académica.

¿Qué tenía de revolucionaria la aparición del *Plan general para la redacción del Diccionario histórico*? Era, sencillamente,

la primera vez que se exponía un proyecto firme de publicar un diccionario histórico de nuestro idioma, con lo que este se pondría en línea con las demás grandes lenguas europeas, dotadas ya, o en vías de serlo, de sus respectivos diccionarios históricos. El punto de arranque de este plan estaba, sin embargo, más que en el ejemplo de otras lenguas, en una labor ya realizada hacía siglos por la propia Academia: el *Diccionario de autoridades*. Cuando, en 1739, llegó a feliz término esa genial obra de equipo que es el primer diccionario académico, la Corporación, lejos de descansar sobre sus laureles, se planteó en seguida la necesidad de preparar una segunda edición corregida y aumentada. Desgraciadamente, el proyecto se malogró, y al fin fue sustituido por la versión abreviada, en un solo tomo, llamada comúnmente “el *Diccionario vulgar*”, el que la Academia ha venido editando y perfeccionando desde 1780 y cuya vigésima edición prepara en estos momentos.

Sobre la conciencia de la Academia había quedado el abandono de aquel segundo *Diccionario de autoridades*, y se mantuvo, a lo largo de los años, el propósito de realizarlo. Así se infiere de un acuerdo tomado en 1818 y vigente todavía en 1838 ²⁶; y, más tarde, se ve diáfano en los Estatutos de 1859 y en la existencia, todavía en 1936, de una Comisión académica denominada “del *Diccionario de Autoridades*” ²⁷. Fue precisamente esta sección de trabajo, alentada por el entonces nuevo director, la que en 1914 consideró llegado el momento de pasar de la fase preparatoria —que ya iba para los dos siglos— a la de redacción del nuevo gran diccionario.

Pero en este instante se produjo el golpe de timón. La Comisión, consciente de la evolución de los estudios lingüísticos en los últimos cien años, juzga que ya no es tiempo de componer diccionarios “de autoridades”, sino diccionarios “históricos”. Propone, por tanto, la publicación de “un *Diccionario* que no sea el *vulgar*, ni uno que sea nueva ²⁸ ampliación erudita de este, en que vengan a repetirse los vocablos con las autoridades ex-

presas en vez de las implícitas o no expresas que ahora tiene; sino otro de mayor empeño, que preste otros servicios, a saber: uno que contenga los materiales acumulados y otros nuevos, si preciso fuese ²⁹, a fin de que constituya el Diccionario histórico de nuestra lengua, en que aparezca la evolución de las palabras, tanto en su forma como en su significado, único modo de que pueda estudiarse la vida de nuestro idioma” ³⁰. En realidad, este propósito ya estaba explícito en los Estatutos académicos de 1859; más aún: en el Reglamento de 1861 se decía textualmente: “[La Academia] procurará [...] formar colecciones, clasificadas por siglos, de palabras, locuciones, frases [...], señalando sus fuentes y autoridades, a fin de que se emprenda inmediatamente y pueda continuarse sin descanso el Diccionario histórico de la lengua” ³¹. Notemos esto: la Academia usa por primera vez en español, en 1861, el sintagma *diccionario histórico* en sentido lingüístico, cuando apenas hace nueve años que está en marcha la primera obra de este género, la de Grimm, que ni siquiera expresaba su carácter en el título ³².

Después del impulso inicial de 1914, el proyecto quedó medio paralizado, al no encontrar eco ferviente entre los académicos la reiterada petición de colaboración en la tarea. Solo al final de los años veinte se emprendió, por fin, la redacción con paso decidido ³³. El número de redactores debió de ser sumamente reducido; en 1936, único momento en que son citados por su nombre, no constan más que tres: Vicente García de Diego, Armando Cotarelo Valledor y Julio Casares ³⁴.

En 1933 se publicó el primer volumen del *Diccionario*, que comprendía toda la letra A; solo tres años más tarde, el segundo volumen, que abarcaba la B y parte de la C ³⁵. Pero la Guerra Civil fue funesta para la obra, como lo fue para todos nosotros: una bomba incendió el almacén editorial donde se guardaban las existencias de los dos primeros tomos y la parte que ya se había comenzado a imprimir del tercero ³⁶. A este desastre material se unieron luego las dificultades de la posguerra y los gra-

ves efectos negativos de carácter moral que sobre toda obra de esta índole produce una interrupción de varios años.

Se reanudaron los trabajos, pero de manera tan lánguida que más que de actividad había que hablar de parálisis progresiva. El equipo se había reducido a la mínima expresión, y faltaban absolutamente los medios³⁷. En estas circunstancias, las gestiones del director y el secretario de la Academia, don José María Pemán y don Julio Casares, consiguieron la solución del problema: un Decreto, en noviembre de 1946, creaba un Seminario de Lexicografía, dependiente de la Academia, con una consignación anual por cuenta del Estado, encaminados uno y otra a garantizar la producción del *Diccionario histórico*³⁸. Los académicos eligieron director del nuevo Seminario a Casares, que tenía entonces sesenta y nueve años de edad.

Pero el tiempo y su hija la reflexión habían dejado una capa de polvo y de crítica sobre ese diccionario que ahora, por fin, se podría continuar. La Academia había suspirado porque llegase este momento; pero también era verdad que los propios redactores del primer tomo habían señalado deficiencias en el material, y que el método había suscitado desaprobación entre los estudiosos. Y así, la segunda decisión de la Academia respecto al Seminario —en mayo de 1947— fue la de que este comenzara de nuevo el *Diccionario histórico* sobre nuevos materiales y con arreglo a un nuevo plan³⁹.

El segundo Diccionario histórico del español

Así nació, pues, el segundo *Diccionario histórico* de la Academia, hoy en curso de publicación. El proyecto, redactado por Casares y aprobado por la Academia, proponía para el *Diccionario* una extensión ideal de quince tomos, con un total de 16.000 páginas, y preveía que, tras una etapa preparatoria de tres años —que se cerraría con la publicación de un “pros-

pecto"—, la obra podría realizarse en un plazo de treinta y cinco años ⁴⁰. El primer paso se cumplió puntualmente: en 1951 se publicó un prospecto o muestra de la futura obra, confeccionado con el doble fin de establecer y experimentar el método que había de estructurarla, y de recabar el parecer de la Academia y de los hispanistas de todo el mundo acerca de ese mismo método. El fascículo de muestra fue saludado favorablemente, y aun jubilosamente, por todos, académicos e hispanistas ⁴¹.

A pesar del acicate que todo esto suponía, el proyecto se reveló pronto demasiado optimista. La materia prima sobre la que había de realizarse eran los millones de fichas que, encerradas en innumerables celdillas, cubren muchas de las altas paredes de este edificio. Este caudal, que en principio parecía ofrecer al Seminario una inicial ventaja sobre otros centros lexicográficos que hubieron de partir de cero, iba lastrado por graves defectos que, infravalorados por los autores del primer *Diccionario histórico*, habían sido una de las causas de que este padeciese carencias cualitativas y cuantitativas poco favorables a su buena reputación.

Por eso, en la primera etapa, el equipo humano del Seminario, constituido por siete personas ⁴², hubo de actuar como equipo de bomberos, acudiendo presuroso a afirmar los viejos cimientos, a sujetar las carcomidas vigas y a tapar las anchas grietas que el arsenal de autoridades presentaba. Resultado de esta actividad fue la incorporación, en cuatro años, de casi millón y medio de cédulas nuevas a los ficheros académicos ⁴³. Se acudió, además, al recurso del llamamiento público "a todos los amantes del idioma", sistema que tan excelentes resultados había producido en los diccionarios de Oxford y Alcover. De la hoja solicitadora se hizo copiosa tirada y amplia difusión. Pero la respuesta de los amantes del idioma no fue demasiado alentadora; más bien daba a entender que no había tales amantes. Un año después de emitido el mensaje, había tenido lugar una

sola aportación sustancial, la del académico monseñor Eijo Garay, y muchas cartas de adhesión, entre las cuales mencionó Casares con “singular satisfacción” la generosa promesa de envío de materiales por parte de un grupo bastante nutrido de hispanistas italianos: promesa que, unida a otras muchas, ha contribuido de modo notable a enriquecer moralmente nuestros ficheros ⁴⁴.

La preparación de la *Muestra* de 1951 sirvió para poner a prueba los materiales que el propio Seminario, como primordial quehacer, había cuidado de enriquecer y consolidar. Como la reforma de los materiales se había llevado a cabo conservando todos los fondos antiguos, la utilización de estos al lado de los modernos era ineludible; y en seguida se echó de ver que su calidad era todavía inferior a la que hasta entonces se había pensado. La consecuencia fue que en la redacción de los artículos de la *Muestra* cada una de las citas aportadas como auto-ridades tenía que ser cotejada letra por letra con el original correspondiente, empezando, en no pocos casos, por la detectivesca tarea de identificar la edición, la obra, incluso el autor del pasaje papeletizado; y continuando a menudo con la necesidad de localizar el mismo pasaje en una edición fidedigna ⁴⁵. Estas pesquisas filológicas, no exentas de intriga y de *suspense*, no solo hicieron más penosa de lo esperado la preparación de la *Muestra*, sino —lo que es verdaderamente grave— han retardado luego increíblemente la redacción de los artículos de un diccionario que se propone como una de sus exigencias fundamentales la mayor exactitud en los textos aducidos.

Quizá movido por estas consideraciones, el director del Seminario expuso entonces la necesidad de ampliar la plantilla de colaboradores y auxiliares. Y, aunque algo se incrementó en los años inmediatos, pensemos en lo que podría dar de sí una dotación económica de 200.000 pesetas anuales que disfrutó el Seminario hasta 1960 ⁴⁶, y con la que había que hacer frente no solo a los gastos de redacción, sino a los de imprenta. Con

la austera retribución que de ahí podía salir, a nadie sorprenderá que desde muy pronto el equipo, a pesar de la valía, la entrega y el entusiasmo de un sector característico, adoleciese de una marcada inestabilidad que en nada había de beneficiar a la obra.

Elemento material más defectuoso de lo previsto, elemento económico más corto de lo necesario, elemento humano menos numeroso y con menos fijeza de lo deseable, eran nubarrones que no permitían sostener los cálculos iniciales de tiempo. Y así, don Rafael Lapesa, subdirector entonces del Seminario, declaró en 1957 que aquellos pronósticos parecían ya ilusorios, y que “nos consideraríamos satisfechos si pudiésemos prever que la obra estuviese terminada a finales de este siglo”⁴⁷.

Tres académicos se han sucedido desde entonces en la dirección del Seminario de Lexicografía. Fallecido don Julio Casares en 1964, ocupó su puesto don Vicente García de Diego, antiguo redactor, como don Julio, del primer *Diccionario*; y desde 1969 es director don Rafael Lapesa, uno de los colaboradores lexicógrafos fundadores del Seminario, y después, durante diez años, subdirector del mismo⁴⁸.

Publicado el primer fascículo del *Diccionario histórico* en 1960, y completado el primer tomo en 1972, hoy, en 1980, está impresa aproximadamente la mitad del tomo II. A pesar de que la consignación económica del Seminario ha crecido notoriamente con relación a la de los primeros tiempos, nunca ha sido suficiente para remontar los obstáculos que ya habían aflorado con bastante nitidez hace veinticinco años⁴⁹. En cuanto al personal, la cifra relativamente alta —superior a la treintena— alcanzada en el primer lustro de los años setenta no significa nada si se considera que se mantuvo poco tiempo; que buena parte de sus componentes eran bisoños, y que no pocos se marcharon sin dejar de serlo. Y, lo que es más doloroso, el incentivo económico no solo no ha atado a la empresa a los elementos nuevos, que sin dificultad han encontrado pronto medios de vida

aceptables, sino que es insuficiente para retener a personas valiosas que, después de haber adquirido esta rara pericia de la lexicografía, acaban por arrojarla a un rincón para buscar y encontrar en otros sitios reconocimiento más sustancial a sus talentos. El Seminario de Lexicografía siempre ha sufrido, en una u otra forma, esa enfermedad tan española de la fuga de cerebros.

Esta es, pues, la historia externa y el estado presente del *Diccionario histórico de la lengua española*, en cuya publicación está comprometida la Real Academia ^{so}.

Las obras de este género son plantas que no pueden prosperar en terreno pedregoso y sin un cultivo esmerado. Una de las condiciones mínimas para que florezcan es un clima de comprensión y apoyo por parte de las comunidades hablantes a quienes van destinadas. Así lo hemos visto en el ejemplo de otros diccionarios. ¿Cuántas personas cultas del mundo hispanohablante saben de la empresa de nuestro *Diccionario histórico*? ¿Y cuántas, entre las que han oído hablar de él, tienen una idea de lo que esta obra significa para el conocimiento de nuestro idioma y de su léxico? Permitidme que reitere aquí noticias que vosotros, como parte interesada en la obra, conocéis bien, pero que por desgracia distan de ser del dominio común.

Cómo es el Diccionario histórico: una ojeada

El *Diccionario histórico de la lengua española*, como dice su prólogo, “pretende registrar el vocabulario de todas las épocas y ambientes, desde el señorial y culto hasta el plebeyo, desde el usado en toda la extensión del mundo hispánico hasta el exclusivo de un país o región, española o hispanoamericana, desde el más duradero hasta el de vida efímera. En el tiempo, el punto de partida son las voces románicas que aparecen en documentos latinos de los siglos VIII al XII, las Glosas Emilianenses y Silenses del siglo X, las jarchas hispanoárabes del XI

y XII y los vocablos registrados por autores árabes de la misma época. Como límite final hemos puesto los días en que vivimos. [...] En cuanto a límites espaciales, aspiramos a incluir todo el léxico del español hablado en España y en América, así como el vocabulario hispano del judeo-español. [...] [Respecto al nivel social], querríamos que nuestro Diccionario reflejase la variedad de estratos ambientales del vocabulario español en sus diversos momentos y zonas”⁵¹. Este es, formulado en pocas palabras, el vasto programa de la empresa, la más ambiciosa de cuantas se ha propuesto la Academia Española desde su fundación.

No es este el lugar para exponer los problemas y métodos de la composición del *Diccionario*, ni tampoco la variada y un tanto compleja estructura de sus artículos. Sí quisiera detenerme brevemente en la parte central de estos, constituida por el estudio de la evolución semántica de la palabra.

La ordenación de las distintas acepciones de la voz se atiende a un criterio histórico, dando siempre el primer lugar al uso más antiguo registrado, y asignando los lugares siguientes a los restantes sentidos, según la fecha respectiva de aparición. El procedimiento es mucho menos simple de lo que parece, pues la polisemia se produce habitualmente, no siguiendo un proceso cronológico lineal, sino a partir de una fragmentación del significado más antiguo en racimos de nuevos significados, nacido cada racimo de uno de los elementos constitutivos de ese significado primitivo, y llevando luego cada uno de esos brotes una evolución semántica propia, paralela cronológicamente, en todo o en parte, a la de los otros. Por supuesto, cada rama es susceptible de fragmentarse a su vez en dos o más líneas semánticas divergentes. Se forma así, entre todos los vástagos, un verdadero árbol genealógico de acepciones. La labor de establecer esta red de filiaciones es sumamente sutil y una de las que más ponen a prueba la capacidad del lexicógrafo.

Tomemos como ejemplo el artículo *aleluya*, que en el *Dic-*

cionario histórico ocupa más de seis columnas. Las quince acepciones principales de la palabra —cuyo origen está, como es sabido, en el hebreo *hallelū-yah*, ‘alabad con júbilo a Yahvé’— se reparten en cuatro ramas⁵². La más antigua nace del uso religioso de la exclamación hebrea, e incluye en primer término, registrado desde mediados del siglo XIII, el empleo castellano de la voz, como interjección, en versiones de textos sagrados o litúrgicos, y en segundo término, con la misma antigüedad, el empleo como nombre del canto litúrgico de alegría característico del tiempo pascual y que gira en torno a la voz *aleluya*. De esta asociación con la Pascua cristiana nace, a principios del siglo XVIII, el uso como nombre femenino de las estampitas que, con la palabra *aleluya* escrita en ellas, eran arrojadas al pueblo en los oficios de Sábado Santo en el momento de entonar el celebrante el canto de aleluya. En el mismo siglo surge el empleo de nuestra palabra con el sentido de ‘tiempo de Pascua’ (*Por el aleluya nos veremos*, es decir, ‘por Pascua nos veremos’). Y, por último, una serie de acepciones modernas nacidas del folklore que rodea a las fiestas de Pascua: como ‘dulce de leche, hecho por las monjas, que originariamente llevaba la palabra *aleluya* realzada encima y que solía regalarse en esta fiesta’, del cual todavía hay una reminiscencia en un pasaje de *Judíos, moros y cristianos*, de Cela; o como, también, en Extremadura, ‘borego que se compraba en la feria del Sábado Santo’; o, como en Colombia, ‘regalo o aguinaldo de Pascua de Resurrección’.

Pero a finales de la Edad Media ya había nacido una segunda rama semántica de la palabra, tomando como punto de partida el sentimiento de alegría evocado por la propia palabra *aleluya* y por el tiempo pascual vinculado a ella. Así tenemos registrada, desde la *Celestina* hasta Miguel Ángel Asturias, una acepción de ‘cosa que alegra’; y otra acepción que es el mismo ‘júbilo o alegría’, desde comienzos del XVII hasta nuestros días (Lope de Vega: *No quiero plegarias tuyas, / que son para mí aleluyas / las que para ti pasión*).

Una tercera rama surge a comienzos del siglo XVI con referencia a la época del año que coincide con el tiempo pascual, y en ella se insertan los empleos del nombre *aleluya*, en España y en América, para designar distintas especies vegetales que florecen en tal época. Nótese que, a diferencia del anterior, este grupo de acepciones ha borrado la noción de júbilo que está en el étimo hebreo y que la tradición cristiana hereda en la Pascua de Resurrección, y ha retenido tan solo la circunstancia temporal de esta última.

La cuarta rama tiene un punto de arranque muy particular. Recordemos que, en el grupo primero, un uso dieciochesco daba el nombre de *aleluyas* a unas pequeñas estampas que, llevando escrita esta palabra, eran arrojadas sobre el pueblo en el oficio del Sábado Santo. Pues bien, de esta acepción se borra la noción 'pascual' y se guarda la de 'estampa piadosa', o simplemente 'estampa'. Así, desde 1749 se registra el sentido de 'estampa de asunto piadoso, especialmente de las que se arrojaban al paso de las procesiones'; y desde 1796, el de las famosas *aleluyas* de los ciegos, 'estampitas que forman una narración en un pliego de papel, con la explicación del asunto generalmente en versos pareados'. De aquí fácilmente se pasó a nombrar *aleluyas* a estos mismos versos de los pliegos; y, como no es muy frecuente que sobresalgan ni por su hondura poética ni por su perfección formal, se extendió su nombre a cualesquiera versos prosaicos y de puro sonsonete; Moratín, en una carta de 1822, se burla de sí mismo llamando *aleluya* a un poema suyo. También se dio este nombre humorística o despectivamente a la combinación métrica llamada pareado, uso que al parecer estrenó en 1886 Menéndez Pelayo para referirse a una novedad literaria, las *Humoradas* de Campoamor.

Pero, por otra parte, las mismas aleluyas de los ciegos habían engendrado otra línea semántica —igualmente despectiva o burlesca— basada, no en su vertiente digamos literaria, sino en características más globales, como su poca consistencia, ca-

lidad o importancia. Se usó la voz, por ejemplo, para designar a ‘una persona, o un animal, de aspecto poco lucido, debido especialmente a su extremada flacura’; en una de las comedias románticas del duque de Rivas, de 1840, una dueña de buenas carnes comenta con desdén la exagerada delgadez de las damiselas del día, que *son solo unas aleluyas / y, en quitándoles las joyas, / [...] / parecen pollos sin plumas*. O también, en esta misma idea de ‘falta de consistencia’, encontramos el sentido de ‘explicación fútil o razón falsa’, registrado en muchas zonas de España y América: *Entre ellos mismos decían / que unas prendas eran suyas; / pero a mí me parecía / que esas eran aleluyas*, dice el gaucho Martín Fierro, en 1879. En fin, tratándose de la ramificación humorística del uso de una palabra, raro hubiera sido que el habla popular no sacase a relucir el eterno tema del hambre: el uso de *aleluyas* como ‘alimento inexistente o sumamente escaso’ aparece en un cuento de Emilia Pardo Bazán, 1884, donde la tacañería del señor mantiene a sus perros *con aleluyas*; o en un sainete de Arniches, en que la joven protagonista considera que, de no haber sido por el trabajo, *¿qué habiésemos comido la metá e los días? Pos aleluyas al gratín y pan de no hay*.

Esta ordenación ramificada da una perspectiva tridimensional a la evolución semántica de la palabra, frente a la perspectiva plana ofrecida por la tradicional estructura “lineal”, que es la propia, entre otros muchos, del *Diccionario* común de la Academia y del primer *Diccionario histórico*. Se obtiene así una visión más acorde con la realidad bullente de los cambios semánticos ⁵³.

He dejado sin mencionar hasta ahora una parte que es fundamento de todo el artículo y que constituye el aspecto más característico y valioso de un diccionario histórico. Me refiero a la parte documental. No hay una sola acepción que no esté basada en la evidencia histórica de su existencia; y así, cada una de las definiciones va inmediatamente seguida de una serie de

breves textos, testimonios reales del habla escrita, localizados con precisión y dispuestos cronológicamente, de los cuales se ha deducido aquella. La necesidad material de limitar la extensión del artículo obliga a seleccionar un corto número de tales textos, dando, del resto no seleccionado, solamente la cifra. Para mayor facilidad de la consulta, los pasajes o autoridades van impresos en un cuerpo menor que el de las definiciones, y con sus respectivas fechas claramente destacadas en negrita. A pesar de esta reducción tipográfica, la parte documental del artículo es la causa de la gran cantidad de espacio que este ocupa si se compara con el que le corresponde en un diccionario corriente. Volviendo a nuestro ejemplo, el artículo *aleluya*, que en el *Diccionario* común de la Academia cubre media columna, en el *Diccionario histórico* llena más de seis, con un total de 611 líneas frente a las 42 que tiene en la Academia. El artículo, que no es, ni mucho menos, de los más extensos del *Diccionario histórico*, está construido sobre unas 250 fichas, de las cuales han sido seleccionadas e impresas como autoridades 135.

Los nueve millones de fichas que son la base y punto de partida de todos los artículos del diccionario pertenecen a un corpus constituido por unos diez mil textos correspondientes a todas las épocas y a todas las zonas de la lengua española, en los cuales están ampliamente representados todos los niveles lingüísticos⁵⁴. La alquimia transformadora de esos nueve millones de fichas en unos cientos de miles de artículos de diccionario, convirtiendo ese almacén de material bruto en una exposición ordenada de la historia de cada una de las palabras, tanto las vivas como las ya desaparecidas, de este viejo y universal idioma nuestro, puesta al servicio de todos los estudiosos de él y de la cultura a la que ha servido de vehículo, es la inmensa tarea que, con plena conciencia de su importancia y responsabilidad, tomó sobre sí esta Academia cuando en 1946 organizó el Seminario de Lexicografía y puso los fundamentos del *Diccionario histórico de la lengua española*.

El interés científico de una obra como esta parece fuera de duda, por más que siempre sea posible la discusión sobre métodos y técnicas. Ahora bien, la complejidad y la magnitud de la empresa, al llevar consigo inevitablemente un coste elevado y un tiempo largo, obligan a aquilatar muy mucho todos los aspectos de la elaboración con severo realismo. La Academia, que tomó la decisión de crear para el mundo hispanohablante un instrumento del que, vergonzosamente, aún no dispone, ¿sabrá y podrá llevar a término la labor emprendida?

Los problemas de la lexicografía histórica

Seguramente recordáis aquel romance viejo en que el rey Alfonso V, anhelando la conquista de Nápoles, exclama:

¡Oh, ciudad, cuánto me cuestas / por la gran desdicha mía!
Cuéstarte un tal hermano / que por hijo le tenía;
cuéstarte veinte y dos años, / los mejores de mi vida;
que en ti me nacieron barbas / y en ti las encanecía...

Estos versos fácilmente pudieran ponerse en boca del lexicógrafo, lanzado a la temeraria aventura de la conquista de las palabras. No hay exageración ninguna en lo que digo: el lexicógrafo, en su empeño, ve cómo huye su juventud, cómo va perdiendo compañeros que empezaron el camino con él, cómo su trabajo le aleja de la vida y le acerca a una eternidad sin laureles. Henri Estienne, el autor del *Tesoro de la lengua griega* (1572), se desahogaba así en un epigrama:

El Tesoro, en vez de rico, me ha hecho pobre,
y hace que, siendo joven, me surque la arruga de la vejez.

Un ilustre contemporáneo de Estienne, José Justo Scaligero, describió con más elocuencia la labor lexicográfica:

Si a alguno un día le aguarda, por la dura sentencia del juez,
una vida condenada a tribulaciones y suplicios,
no le fatiguen los calabozos, con su hacinamiento y sus trabajos,

ni maltrate sus duras manos la excavación de las minas: que componga diccionarios; pues —¿qué espero a decirlo?— todas las formas de castigo las tiene, él solo, este menester ⁵⁵.

En el siglo XVIII, Samuel Johnson incluía en su *Diccionario* el artículo *lexicógrafo* con esta definición: “ganapán inofensivo que se ocupa en descubrir el origen de las palabras y en precisar su significado” ⁵⁶. Este enunciado es más profundo que una simple broma; y nos lo demuestran bien explícitamente las reflexiones con que se abre el prefacio de la misma obra. Dicen así:

Es destino de quienes se fatigan en las tareas más bajas de la vida el ser antes movidos por el temor del mal que atraídos por la perspectiva del bien; estar expuestos a censura sin esperanza de elogio; ser deshonrados por el fracaso, o castigados por la negligencia, donde el éxito hubiera pasado sin aplauso y la diligencia sin recompensa.

Entre estos infelices mortales está el escritor de diccionarios; al cual la humanidad ha considerado, no como el discípulo, sino como el esclavo de la ciencia; el soldado zapador de las letras, destinado solo a remover broza y despejar estorbos de los caminos por donde la erudición y el genio siguen adelante a la conquista y a la gloria, sin otorgar una sonrisa al humilde azacán que facilita su avance. Todos los demás autores pueden aspirar al elogio; el lexicógrafo solo puede esperar librarse del reproche, y aun esta recompensa negativa ha sido concedida hasta ahora a muy pocos.

Efectivamente, ni el reconocimiento de los contemporáneos ni la fama póstuma suelen ser el premio de las fatigas de quien hace un diccionario. Bien lo dice Alain Rey: “¡Triste lexicógrafo! Si su trabajo es mediocre, si ha envejecido, se le borra justamente de la memoria colectiva. Si persiste como obra maestra, el libro absorbe al hombre. Iniciador, autores, colaboradores, nombres de prestigio engañosamente evocador o nombres discretos: todo es reducido a la nada en favor de un título” ⁵⁷. El mundo de los diccionarios está lleno de ejemplos. Los nombres de James Murray y sus colaboradores se borran cuando su obra es mencionada universalmente como el *Diccionario de Oxford*. En nuestra propia Casa, sabemos hoy más o menos, sí, que el

Diccionario de autoridades nació gracias al impulso del marqués de Villena, fundador de la Academia; pero solo por la diligencia de Fernando Lázaro sabemos cuánto debe la obra a la benemérita y entregada tenacidad de Vincencio Squarzafigo ⁵⁸, de cuyo nombre, totalmente oculto tras el del gran edificio, solo nos acordamos unos cuantos devotos. Otras veces, por caminos opuestos, la popularidad ha desgastado y vaciado el apellido, como en el caso de Webster, el fundador de la lexicografía norteamericana, cuyo nombre figura hoy en la portada de docenas de diccionarios que nada tienen que ver con él. Quizá el caso extremo en este sentido, entre los compiladores de palabras, sea el del italiano Ambrosio Calepino (muerto en 1512), que, como nos recuerda Weekley, “tuvo la rara experiencia de convertirse él mismo en palabra” ⁵⁹; fenómeno que ocurrió, por lo menos, en cuatro lenguas (italiano, francés, inglés, español), en cuyo léxico *calepino* figura desde el siglo XVI como nombre común con diversos significados.

Como ha escrito Migliorini, “los que no han trabajado en ello no tienen idea de la cantidad extraordinaria de trabajo que se esconde en un diccionario, si este no es una mera revisión o un compendio de obras precedentes, sino una obra redactada de nueva planta” ⁶⁰. Veamos, como ilustración, cuál era la jornada de Émile Littré, en su casita de campo de Mesnil-le-Roi, en plena preparación de su *Diccionario*: se levantaba a las ocho, se iba a trabajar al piso bajo mientras le arreglaban la habitación; subía a las nueve y corregía pruebas del *Diccionario* hasta la hora de comer. De una a tres, como descanso, trabajaba en el *Journal des Savants*, del que era redactor. Después, hasta las seis, *Diccionario* de nuevo. A las seis, cena. Y, a partir de las siete, otra vez *Diccionario*, hasta las tres de la madrugada, hora en que ordinariamente quedaba terminada la tarea prevista. Pero, “si no lo estaba —cuenta el propio Littré—, yo prolongaba la velada, y más de una vez [...] apagué mi lámpara para continuar a la luz del alba” ⁶¹. Ya vimos antes cómo James

Murray tenía una jornada nunca inferior a doce horas. Y de Pierre Larousse, el creador del *Gran diccionario universal del siglo XIX*, sabemos que dedicaba a él catorce horas diarias ⁶².

¿Son superhombres estos que pueden sostener durante tanto tiempo un trabajo tan intenso? “¡Honor a estos hombres que son los lexicógrafos! ¡Suyos son los trabajos de Hércules, suyo el destino de Sísifo!”, proclamó irónicamente, en un reciente congreso, un colega estadounidense ⁶³. Sin duda hay en ellos un factor importante de resistencia física; pero la clave profunda de su energía es la fe que mueve las montañas; la convicción firme de que la obra que han emprendido es una obra que de verdad vale la pena. Porque, a pesar del esfuerzo en que estos galeotes del mar de las palabras consumen su fortuna, su salud, su vida y su alma ⁶⁴, la satisfacción íntima les da aliento y los reconforta ⁶⁵.

Ahora bien, estos masoquistas ¿reúnen solo determinadas cualidades morales y físicas? No por cierto; es necesaria también en ellos una determinada disposición intelectual. Cuenta Bertrand Russell que, siendo él profesor en Cambridge, recibió, al terminar un curso, la visita de un alumno llamado Wittgenstein (sí, ese mismo que luego fue famoso filósofo); este le preguntó: “Por favor, ¿me quiere decir: soy un idiota completo, o no lo soy?”. Russell replicó: “Mi querido muchacho, no lo sé. ¿Por qué me lo pregunta?”. Respondió el estudiante: “Porque, si soy un idiota completo, me convertiré en aeronáutico; pero, si no es así, seré filósofo”. La pequeña anécdota viene a cuento de que los que se consagran a la lexicografía no son “aeronáuticos”; quiero decir, no van a ella como consecuencia de no servir para otra cosa mejor; sino que, por el contrario, reúnen condiciones positivas específicas para esa actividad, del mismo modo que, según parece, las reunía Wittgenstein para la filosofía.

Entre las condiciones intelectuales, nuestro maestro don Julio Casares señalaba como fundamental una capacidad analítica —“olfato”, decía Menéndez Pidal— discernidora de acepciones

y matices que suelen escapar inadvertidos al hablante medio ⁶⁶. Al lado de esta facultad analítica, no se ha señalado otra que también es indispensable, como que es complemento de ella: la capacidad de síntesis, por la cual, tras discernir entre lo esencial y lo secundario, lo relevante y lo no relevante, se descubren y destacan los elementos profundos que son comunes a cosas diferentes. Del difícil equilibrio entre uno y otro mecanismo depende la auténtica aptitud del sujeto para este oficio.

Me parece obvio advertir que este equipaje mental referido al lenguaje —en el cual deben incluirse otros dos componentes, igualmente complementarios entre sí, que son el rigor lógico y una mediana imaginación— es por completo independiente de otras dotes semejantes que se reputan necesarias para otras actividades, sean de carácter crítico o científico; y que, por otra parte, tiene poco que ver con cualidades aparentemente afines, como son el interés o el amor por el idioma, y la curiosidad o la atracción —tanto de tipo intelectual como estético— hacia las palabras.

Charles Onions afirmaba que “el verdadero trabajador de diccionarios nace y no se hace, y que ninguna aplicación ni diligencia suplirán jamás la falta de aptitud natural para el trabajo” ⁶⁷. Aunque yo soy un poco escéptico en esto de los innatismos, no creo que se pueda discutir que sin un cerebro dotado de unas determinadas cualidades básicas nadie puede pasar el umbral de la lexicografía. Conste, por descontado, como dice Casares, que la carencia de esas facultades nada significa en menoscabo del talento o de la ciencia de quienes no logran penetrar en este santuario o purgatorio ⁶⁸. Pero también es preciso subrayar que aquella capacidad solamente se descubre y se logra a través de un particular cultivo. Para dedicarse a la lexicografía es indispensable partir de un nivel decoroso de conocimiento de la lengua y la literatura (*conocimiento* digo, y no mera *ciencia*); después, entregarse con ahínco a una etapa de entrenamiento intenso destinado a adquirir las técnicas del

oficio, las cuales son tan complejas que difícilmente terminan de dominarse por completo. El mismo Casares, pensando en su Seminario lexicográfico, advertía que el aprendizaje de la especialidad no es cosa de meses, sino de años. Y Wartburg consideraba necesaria una preparación de no menos de ocho años para que los colaboradores de su *Diccionario etimológico francés* alcanzasen la madurez científica y la formación precisa para asumir esa tarea delicada que es la redacción de un artículo ⁶⁹.

La creencia popular de que para hacer un diccionario es necesario "saberlo todo", siendo la obra algo así como una emanación alfabética de un cerebro privilegiado, no estuvo totalmente ausente del pensamiento de algunos lexicógrafos ilustres, como Littré y Murray, poseedores ambos de vastos conocimientos casi enciclopédicos, particularmente el segundo ⁷⁰. Pero esta autosuficiencia no solo no es posible, como ya señaló Johnson ⁷¹, sino que ni siquiera es necesaria. De hecho, el mismo Littré contó con la colaboración inmediata de tres personas especializadas en determinadas ramas; y de Murray sabemos que cada semana escribía entre veinte y treinta cartas de consulta a especialistas en distintas materias ⁷². Hoy, cuando la marea de los tecnicismos exige cada día mayor atención por parte de los lexicógrafos, se considera necesario que personas con un cierto nivel de especialización científica formen parte del equipo de redacción ⁷³. Los editores no solo lo están llevando a la práctica, sino que además establecen una red de consultores externos para completar la información que ocasionalmente puede faltar en tal o cual campo. Así, el Suplemento del *Oxford* que se está editando desde 1972, aparte de incluir dentro de su equipo redactor a cuatro especialistas no lingüistas, cuenta con setenta y cuatro consultores externos, repartidos por varios países. Por su lado, el *Diccionario sueco* utiliza los servicios de un elenco de ochenta expertos en diversas ciencias y técnicas ⁷⁴. No debe pensarse que este proceder es exclusivo de empresas de alto nivel erudito. Por no mencionar los mastodónticos (y a veces exce-

lentes) diccionarios norteamericanos ⁷⁵, algunos diccionarios comerciales europeos de calidad, como el italiano de Devoto y Oli (1971), o el famoso de Zingarelli (10.^a ed., 1970), o el *Collins* inglés (1979), se han compilado con la cooperación de decenas de redactores y consultores de muy variadas disciplinas.

Por supuesto, no son solo asesores de las ramas del saber los que acompañan al lexicógrafo en su tarea, sobre todo en los diccionarios de gran envergadura. El caso del *Diccionario alemán*, cuya redacción estuvo durante muchos años en manos de una sola o de dos personas, es hoy inconcebible. En los grandes diccionarios el autor es colectivo, aunque en él sea fundamental la figura de un director, a quien está encomendada, entre otras, la misión de evitar que ese colectivo se convierta en un monstruo de veinte cabezas.

El equipo de redacción de un diccionario histórico, entendiendo por equipo el conjunto de personas que trabajan en su confección bajo un mismo techo, es de cuantía variable, directamente relacionada con la organización general de la producción. El *Tesoro de la lengua francesa* presenta en la primera página del último tomo aparecido hasta ahora (1979) una lista de unas cien personas, sin contar las pertenecientes a otros servicios radicados fuera de la sede del laboratorio. Aunque esa cifra está algo inflada, porque incluye personas que colaboraron solo temporalmente, es excepcional. Los equipos de los diccionarios históricos oscilan alrededor de las diez personas, de las cuales solo una parte son verdaderos redactores ⁷⁶. El resto, que suele constituir un porcentaje mayor, desempeña otras funciones, igualmente imprescindibles, pero colaterales a la redacción propiamente dicha.

Que el número de redactores sea una minoría dentro del equipo no ha de sorprender. En primer lugar, no es fácil encontrar personas con la disposición y la preparación adecuadas, ni es fácil después formarlas en el oficio, ni es fácil después conservarlas. Pero además, aun teniendo superadas estas dificultades,

la exigencia de una mínima uniformidad en la obra no hace deseable que la redacción ande diseminada en muchas manos, si el trabajo efectuado por estas ha de pasar después por el control de una sola persona, único procedimiento de que el diccionario sea un concierto y no una algarabía.

La presencia inexcusable de un director-embudo en la producción del diccionario hace que se plantee sombríamente el problema del tiempo. Sin duda la solución estaría en hacer que el director trabajase *aún más*; pero, si bien nunca puede aspirar a los mismos derechos que un obrero manual, también es verdad que su resistencia tiene un límite. ¿Qué hacer, pues, si las horas de trabajo del director no pueden multiplicarse? Multiplicar al mismo director; es decir, hacerle compartir su responsabilidad con varios subdirectores, cada uno de ellos al frente de una célula de redacción, quedándole al director el papel de garantizar la unidad general de la obra, a través del contacto permanente con las entidades autónomas. Esto fue lo que se hizo, como dije, con el *Diccionario de Oxford*, y algo parecido se está haciendo ahora en el *Tesoro de la lengua francesa*, en cuya lista de colaboradores se mencionan cuatro unidades de redacción —llamadas “de sincronía”—, con un “responsable” al frente de cada una ⁷⁷.

Un diccionario histórico, por la cantidad y la complejidad del material con que tiene que operar, se enfrenta siempre con el fantasma del tiempo. No existe una sola empresa de este género, terminada o en marcha, en que la realidad haya respondido a las previsiones ⁷⁸. Y en esto, así como en la falta de dinero, está el enemigo mortal de esta clase de obras. Porque el alargamiento excesivo de su producción lleva consigo la discontinuidad de las personas, tanto las que la realizan como las que la impulsan directa e indirectamente; y no solo las personas, sino por supuesto la sociedad y las instituciones en que actúan y a que están sometidas aquellas. Cuanto más largo es el tiempo, más alto es el riesgo de interrupción, que será, además de la

frustración personal de quienes emprendieron la lucha, la pérdida de todo el enorme esfuerzo humano y material invertido durante largos años. El cementerio de la lexicografía está lleno de tristes ejemplos de diccionarios truncados; dos de ellos de esta misma Academia: uno es la segunda edición del *Diccionario de autoridades*, cuyo primer volumen se publicó en 1770 y no tuvo continuación; el otro es el *Diccionario histórico* de 1933, del que ya hemos hablado, el cual quedó interrumpido en su segundo tomo. No es este el único diccionario histórico fracasado: también la Academia Francesa publicó, entre 1865 y 1894, cuatro tomos de un *Diccionario histórico de la lengua francesa* que llegaron hasta el final de la letra A ⁷⁹.

Uno de los determinantes principales del problema del tiempo en un diccionario histórico es el material utilizado para la redacción. Si este material es escaso, se hace necesario enriquecerlo sobre la marcha; si es defectuoso, es indispensable someterlo a continuo control. Ambas operaciones significan una rémora grave en el ritmo de producción, si recaen sobre el personal redactor. Pero no es difícil preservar a este de tales distracciones, destinando una sección no redactora, con carácter permanente, al perfeccionamiento del material, cuya principal misión sería continuar el despojamiento de textos con vistas a incrementar el fondo de fichas y a sustituir paulatinamente las fichas manuales, de dudosa fiabilidad, por fichas fotocopiadas ⁸⁰.

Los diccionarios que hoy se realizan sobre materiales obtenidos por medio de despojamientos electrónicos tienen, ipso facto, resuelto el problema cuantitativo. Frente a los nueve millones de fichas de que dispone el *Diccionario histórico de la lengua española*, el *Tesoro de la lengua francesa* cuenta con cien millones, y eso solo para los siglos XIX y XX. Sin embargo, el riesgo de defectos cualitativos no se elimina con este procedimiento. Si en el *Tesoro* francés este riesgo se halla bastante reducido, ello se debe a que por ahora opera exclusivamente sobre la lengua moderna ⁸¹.

Pero el material electrónico tiene el inconveniente de que su misma superabundancia puede constituir un grave obstáculo de tiempo, puesto que la ineludible fase de redacción sigue dependiendo exclusivamente del elemento humano, igual que cuando se trabaja sobre despojamientos de tipo tradicional ⁸². El torrente abrumador de fichas que inunda la mesa del redactor obliga a este, o bien a seleccionar precipitadamente el material básico para su trabajo, o bien a recurrir al poco científico procedimiento del muestreo, lo cual reduce a dimensiones considerablemente modestas las resplandecientes ventajas del sistema.

Una de las estrategias ideadas para vencer al enemigo tiempo es acometer la empresa de un diccionario histórico no tratando de abarcar toda la historia de la lengua de una vez, sino por etapas; sistema que suele llamarse “de cortes sincrónicos”, con un concepto de la sincronía que quizá haría pestañear a Saussure, ya que aparece aplicado a períodos que abarcan casi doscientos años. A este procedimiento hay que reconocerle la ventaja de que, si se empieza por la época moderna, como hacen los editores del *Tesoro de la lengua francesa*, es mucho más accesible a la “competencia” lingüística del lexicógrafo, lo cual hace su trabajo más fácil y, por tanto, más rápido. Pero tiene el fuerte inconveniente de que con él se fragmenta la continuidad de la evolución semántica de las unidades léxicas estudiadas, quedando bastante distorsionado el carácter “histórico” del diccionario y quedando, por consiguiente, amenazada la propia identidad de la obra total.

Ahora bien, el problema del desfase entre duración prevista y duración real se mantiene en carne viva, sin excepción, sean cuales sean la estructura y la infraestructura de las obras. Es indispensable introducir en la organización correcciones periódicas sobre la marcha para neutralizar en lo posible el coeficiente de retraso. Maniobra siempre comprometida, pues estas rectificaciones de rumbo, que reclaman grandes dosis de realismo, deben evitar con cuidado llegar al extremo de sacrificar el estilo,

y no digamos la calidad, de la obra. Esta devaluación en poco se diferenciaría del aniquilamiento. Uno de los caminos más directos para degradar la obra es el de rebajar las exigencias en la redacción. Confeccionar un artículo de diccionario histórico es tarea refinada que ni puede hacerse alegremente ni puede encomendarse a cualquiera.

¿Qué solución queda, cuando se quiere componer un diccionario que abarque toda la historia de la lengua, que esté redactado con un nivel de calidad aceptable y cuya producción se encierre dentro de un plazo moderado? Teniendo a la vista la experiencia ajena, la solución estaría en formar pacientemente, desde el principio, redactores cualificados entre los cuales se pudieran ir escogiendo poco a poco los jefes de nuevos equipos de redacción. Sería preciso probar una y otra vez con gente joven que viniera aceptablemente *preparada* y *dispuesta* (dos cosas distintas), y seleccionar solo a los que acreditaran auténtica capacidad. Para mí es evidente que el trabajo simultáneo de varios equipos con plena dedicación, autónomos, pero coordinados por un director general, es la única forma racional de llevar a cabo una obra de esta índole.

Un ilustre académico de hace un siglo escribió unos versos inmarcesibles (más por su contenido que por su forma):

En guerra y en amor es lo primero
el dinero, el dinero y el dinero.

Pues bien, igual que en la guerra y el amor, también en los diccionarios históricos el dinero es primordial. La envergadura de esta clase de obras hace que sean siempre caras y que pocas veces hayan sido planteadas como empresas con rentabilidad material. Todavía en una primera época se atreven con ellas las editoriales privadas: así ocurrió durante medio siglo con el *Diccionario* de Grimm; así, con el de Littré; así, con el de Tommaseo y Bellini. En nuestro siglo ya es excepcional un caso como el del *Diccionario* de Salvatore Battaglia.

El impulso desinteresado, ya por parte de entidades cultu-

rales privadas, ya por parte de los gobiernos, ha estado presente en los grandes diccionarios no históricos a partir del de la Academia de la Crusca, en los comienzos del siglo XVII, y en él se inscriben, por ejemplo, los *Diccionarios* de las Academias Francesa y Española. En cuanto a los diccionarios históricos, en los países anglosajones se han sustentado siempre sobre la ayuda de universidades, fundaciones privadas y personas particulares⁸³. En los restantes países (salvo en el caso del *Diccionario catalán*, de cuya financiación popular ya hablé antes) es el Estado, consciente del singular alcance cultural, e incluso de alta política, de este tipo de empresas, el que asume todos los gastos. En Francia, tal vez la nación que con más realismo ha comprendido siempre la honda importancia del idioma, el despliegue de medios que se han puesto al servicio de la producción del *Tesoro de la lengua francesa* es impresionante y aleccionador⁸⁴. Y, desde otro ángulo, también es aleccionador que el Instituto de Lexicología Neerlandesa, de Leiden, editor del *Diccionario histórico neerlandés*, sea mantenido por las dos naciones a las que este idioma pertenece: Holanda y Bélgica⁸⁵.

El *Diccionario histórico de la lengua española* se publica gracias a una subvención que el Gobierno estableció expresamente a favor del Seminario de Lexicografía en el Decreto de fundación de este, subvención canalizada a través de la Real Academia Española, de quien depende y en cuyo seno funciona el Seminario. El mecenazgo del Estado es algo consustancial a la existencia y vitalidad de las Reales Academias. Claro que la palabra *mecenazgo* es quizá un poco grandiosa; no es obligatorio incluir siempre en ella la idea de generosidad, ni aun la de decoro. Al menos así lo han entendido con frecuencia los gobiernos. Sin embargo, es justo recordar que esta Academia Española recibió del monarca fundador, el primer Borbón, pruebas tangibles de auténtico interés por la institución y sus actividades, decretando en 1723 una renta anual, con cargo al impuesto del tabaco, destinada a la publicación del *Diccionario de autorida-*

des ⁸⁶. Felipe V tuvo una intuición clara de la importancia que esta obra tendría para la ilustración de la nación, y gracias a la gran visión del rey (y al pequeño sacrificio de los fumadores) pudo salir a la luz en un tiempo increíblemente corto un libro que no solo es honra de su época y fundamento del prestigio de esta Academia, sino la piedra angular de la lexicografía española.

El *Diccionario histórico* es una obra de importancia paralela, en nuestro tiempo, a la que en el suyo tuvo el *Diccionario de autoridades*. Está destinado a ser el inventario más extenso y documentado del léxico español, abarcando en toda su amplitud los siglos y las tierras sobre los que se extiende nuestro idioma; pero solo podrá serlo, y en un plazo razonable, si dispone de medios proporcionados a la magnitud del propósito. Es evidente que hoy tales medios son suficientes solo para mantener el motor en marcha; pero nadie puede esperar que con el simple mantenimiento se vaya a llegar nunca a la meta deseada. Como siempre, será fácil alegar la crisis económica; y, como siempre, no será difícil replicar que, a pesar de la crisis, se gastan sin demasiado miramiento importantes cantidades en actividades pseudo-culturales. Será necesario que nuestros gobernantes se den cuenta, de una vez, de que la lengua, la lengua oficial, tiene un papel vertebral en la vida de una nación, y que cuanta más atención se dedique a los trabajos orientados a su mayor difusión y a su conocimiento más profundo, mayores serán los beneficios para la comunidad a la que esa lengua sirve. Será necesario que nuestros gobernantes recuerden que la lengua española es lo único que de verdad nos une radicalmente con una veintena de países cuya cooperación estrecha, cuya hermandad con el nuestro, es uno de los bienes más deseables hoy para todos nosotros. Y será necesario también, aunque esto ya lo enuncio como un bello sueño, que esos veinte países que habitan con nosotros en la misma lengua unan su esfuerzo al nuestro para llevar adelante una obra que es igualmente suya y que está igualmente llamada a fortalecer su propia personalidad dentro del mundo.

NOTAS*

¹ Sobre García de Diego lingüista, v. R. Menéndez Pidal, *Discurso de contestación en la recepción de G. de D. en la Real Academia Española*, Madrid 1926; D. Alonso, *BRAE*, 48 (1968), 373-386.

² Sobre García de Diego académico, v. Gerardo Diego, *BRAE*, 48 (1968), 365-371, y A. Zamora Vicente, *Ya* [Madrid], 7.12.1978, 7-8. Sobre García de Diego profesor, v. R. Lapesa, *BRAE*, 59 (1979), 7-11; J. Marías, *BRAE*, 48 (1968), 387-389, y 59 (1979), 15-18; y J. Caro Baroja, *RDTP*, 32 (1976), xv-xx. Sobre otros aspectos de su personalidad, v., además de los artículos citados, los de M. Alvar, *RDTP*, 32 (1976), xi-xiii; G. Díaz-Plaja, *Pueblo* [Madrid], 15.12.1978, suplemento literario; C. Murciano, *Ya*, 7.12.1978, 44, y F. Martínez Ruiz, *ABC*, 2.12.1978, 29. V., asimismo, P. G[arcía] de D[iego], "Vicente García de Diego. Curriculum vitae" y "Bibliografía", *RDTP*, 32 (1976), xxi-xxxv.

³ Cf. L. Zgusta, *Manual of Lexicography*, Praha 1971, 200-201, y Y. Malkiel, "A Typological Classification of Dictionaries on the Basis of

* Abreviaturas utilizadas:

- A* = Libros de Actas de la Real Academia Española.
BRAE = *Boletín de la Real Academia Española*.
CL = *Cahiers de Lexicologie*.
DHLE = *Diccionario histórico de la lengua española*.
LLFR = *Lexicologie et lexicographie françaises et romanes* [Colloques de Strasbourg, 1957], Paris 1961.
OED = *Oxford English Dictionary*.
RDTP = *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*.
RSEL = *Revista Española de Lingüística*.
TLF = *Trésor de la langue française*.
TRLS = *Tavola rotonda sui grandi lessici storici* [Firenze, 1971], Firenze 1973.
ZDW = *Zeitschrift für deutsche Wortforschung*.

Distinctive Features" [1960], en F. W. Householder y S. Saporta (ed.), *Problems in Lexicography*, Bloomington, Indiana 1962, 16.

⁴ W. von Wartburg, "L'expérience du FEW", en *LLFR*, 211; K. Baldinger, *Introduction aux dictionnaires les plus importants pour l'histoire du français*, Paris 1974, 17; C. T. Onions, *Dictionary of English Etymology*, Oxford 1966, vi.

⁵ J. Corominas, *Diccionario crítico etimológico de la lengua castellana*, Madrid, I, 1954, ix; también en la 2.^a edición (*Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, con la colaboración de J. A. Pascual, Madrid, I, 1980, xiii.

⁶ Y. Malkiel (v. n. 3), 16.

⁷ W. Craigie, "New Dictionary Schemes", 1919 (cf. R. W. Burchfield, *A Supplement to the OED*, I, 1972, xii); W. von Wartburg, *Problemas y métodos de la lingüística* [1943], trad. esp. de D. Alonso y E. Lorenzo, Madrid 1951, 251 s. Cf. F. de Tollenaere, "Un dictionnaire historique de la langue allemande: le Trésor des frères Grimm", en *CL*, 6 (1965), 108.

⁸ F. de Tollenaere (v. n. 7), 108-109.

⁹ J. Rey-Debove, "Lexique et dictionnaire", en B. Pottier, *Le langage*, Paris 1973, 108.

¹⁰ J. Rey-Debove (v. n. 9).

¹¹ P. Imbs, *TLF: Fascicule de présentation*, Paris [1972], 11.

¹² Cf. B. Pottier, *Lingüística moderna y filología hispánica*, Madrid 1968, 232-238.

¹³ Sobre *ablandahigos*, v. *DHLE*, fasc. 1 (1960); sobre *albardanería*, v. *DHLE*, fasc. 11 (1974). Sobre el "maguerismo", cf. F. Lázaro Carreter, *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Madrid 1949, 239-240.

¹⁴ Cf. mi artículo "El primer diccionario sincrónico del español: características y estado actual de los trabajos", en *RSEL*, 9 (1979), 400.

¹⁵ S. Johnson, *A Dictionary of the English Language* [1755], 8th ed., Dublin, I, 1798, [7].

¹⁶ Citado por W. Betz, "Das neue Deutsche Wörterbuch", en *ZDW*, 19 (1963), 180.

¹⁷ Sobre el *Deutsches Wörterbuch* de J. y W. Grimm, v. el extenso prólogo de la obra, firmado por el primero (Leipzig, I, 1854), y J. Bahr,

“Le Dictionnaire allemand”, en *TRLS*, 25-28. También B. Migliorini, *Che cos'è un vocabolario?*, 3.^a ed., Firenze 1961, 108.

¹⁸ Cf. J. Bahr (v. n. 17), 28; íd., “Zur Neubearbeitung des Deutschen Wörterbuchs”, en *ZDW*, 18 (1962), 141-150; W. Betz (v. n. 16), 180-186; F. de Tollenare (v. n. 7), 105-110.

¹⁹ Véanse *TRLS*, 3-52; J. Hulbert, *Dictionaries: British and American*, 2.^a ed., London 1968, 43-44; F. de Tollenare (v. n. 7), 105; J. Casares, *Introducción a la lexicografía moderna*, Madrid 1950, 254-260; B. Migliorini, “Lessicografia”, en *Enciclopedia Italiana*, Roma, XX, 1933, etc.

²⁰ Para la historia de James Murray y el *Diccionario de Oxford*, v. J. A. H. Murray, *A Self-Portrait* [1903], Gloucester 1957; [C. T. Onions], “Preface” y “Historical introduction” al *OED*, I, 1933, v-xxvi; y, sobre todo, K. M. Elisabeth Murray, *Caught in the Web of Words: James A. H. Murray and the Oxford English Dictionary* [1977], con prólogo de R. W. Burchfield, Oxford 1979.

²¹ J. Hulbert (v. n. 19), 40.

²² Cf. *A Supplement to the Oxford English Dictionary*, edited by R. W. Burchfield, Oxford, I, 1972, ix-xvii; R. W. Burchfield, *OED Supplement: A Panoramic Review*, comunicación (inédita) a la Mesa Redonda de Diccionarios Históricos, Florencia, 1971; íd., “Some Aspects of the Historical Treatment of twentieth-century Vocabulary”, en *TRLS*, 31-35; íd., “Data Collecting and Research”, extr. en A. Zampolli, *CL*, 22 (1973), 118. Los volúmenes I y II del Suplemento, que cubren hasta la letra N, se publicaron, respectivamente, en 1972 y 1976; la publicación del III está prevista para 1981, y la del IV y último, para 1985.

²³ Los codirectores que estuvieron al frente de estos tres equipos fueron Henry Bradley (desde 1888), William Craigie (desde 1902) y Charles Onions (desde 1914). Como Murray falleció en 1915 y Bradley en 1923, el tiempo que se trabajó con cuatro equipos fue solamente un año; con tres se trabajó durante veinte años; con dos, dieciocho años, y con uno, seis años.

²⁴ Véanse F. de B. Moll, “Comment a été fait le Diccionari català-valencià-balear”, en *Actes du Xe Congrès International de Linguistique et Philologie Romanes* [Strasbourg, 1962], Paris, II, 1965, 819-830; J. M. Ll[ompart], “El Diccionari català-valencià-balear”, en *Papeles de Son Armadans*, 50 (1960), 337-350; A. M. Badia i Margarit, *Llengua i cultura als països catalans*, Barcelona 1964, 162-165 y 177-183; G. Colon, *La llengua catalana en els seus textos*, Barcelona, I, 1978, 76-77.

²⁵ Y. Malkiel, "Filología española y lingüística general", en *Actas del Primer Congreso Internacional de Hispanistas* [Oxford, 1962], Oxford 1964, 118.

²⁶ *Reglas para la corrección y aumento del Diccionario*, Madrid 1838, 26.

²⁷ *Estatutos* (1859), art. II, en *Estatutos y Reglamento de la Real Academia Española*, Madrid 1904, 8; *DHLE*, II, 1936, vii.

²⁸ *Sic*, probable errata por *mera*.

²⁹ *Sic*, probable errata por *fuere*.

³⁰ *Plan general para la redacción del Diccionario histórico de la lengua castellana*, Madrid 1914, 8.

³¹ *Reglamento* (1861), art. 2.º, en *Estatutos* (v. n. 27), 32.

³² El proyecto de 1914, con el que la Academia decidía poner por fin un libro detrás de ese rótulo, si bien hacía referencia a los trabajos o intentos anteriores de la Casa, no aludía, en cambio, a las empresas lexicográficas paralelas que otros países habían concluido o iniciado. Sería absurdo, sin embargo, pensar que tales empresas le fuesen desconocidas. Un eco de algunas de ellas hay no solo en el mismo hecho del proyecto, sino en las características o "reglas" que este asigna al futuro diccionario histórico español. El proyecto había sido redactado por el arabista don Julián Ribera (*A*, 22.10.1914) y lo firmaban con él los otros miembros de la Comisión del Diccionario de Autoridades: don Emilio Cotarelo, don Jacinto Octavio Picón, don Eduardo de Hinojosa y don José Alemany.

³³ *A*, 22.10.1914, 5.12.1918, 13.11.1924, 7.11.1927, 29.5.1929. El 10 de julio de 1929 se firmó el contrato de edición con la Casa Editorial Hernando (*A*, 10.10.1929).

³⁴ *DHLE*, II, 1936, vii.

³⁵ En realidad, el volumen I no salió hasta abril de 1934; la distancia que lo separa del II, aparecido en abril de 1936, es, pues, solamente de dos años.

³⁶ Real Academia Española, *Diccionario histórico de la lengua española. Muestra que los redactores someten al examen de la Corporación*, Madrid 1951, 3.

³⁷ Trabajaron en esta etapa, al principio, dos académicos del equipo anterior —don Julio Casares y don Vicente García de Diego— y dos colaboradores no académicos —don Luis García Rives (que después con-

tinuaría durante breve tiempo cuando se fundó el Seminario de Lexicografía) y Martín Alonso Pedraz—. Luego quedaron solamente Casares y García Rives. Las primeras capillas del volumen III, y los restantes materiales inéditos del mismo, que llegan hasta la voz *efélide*, se conservan en la Biblioteca de la Academia.

³⁸ *Boletín Oficial del Estado*, 27.11.1946; reproducido en *BRAE*, 25 (1946), 472-475.

³⁹ J. Casares, *BRAE*, 26 (1947), 476. Cf. *íd.*, *Introducción* (v. n. 19), 246.

⁴⁰ J. Casares, *BRAE*, 28 (1948), 1-25. Cf. *íd.*, *Introducción* (v. n. 19), 249-310.

⁴¹ De la acogida de la *Muestra* trata J. Casares, *BRAE*, 32 (1952), 413-421.

⁴² Don Julio Casares, director; don Rafael Lapesa Melgar, don José Hermida López y don Luis Sánchez Sanz, colaboradores lexicógrafos; doña Ana María Barella Gutiérrez, doña Francisca Sánchez Sanz y don Rafael Villarías Morales, auxiliares técnicos. Los colaboradores y auxiliares habían sido seleccionados en febrero de 1947 por el Tribunal nombrado para cubrir las plazas convocadas a concurso en el *Boletín Oficial del Estado* de 29.12.1946.

⁴³ J. Casares, *BRAE*, 26 (1947) a 32 (1952).

⁴⁴ Sobre el llamamiento, *BRAE*, 28 (1948), 145-150. Sobre los resultados, J. Casares, *BRAE*, 29 (1949), 520.

⁴⁵ J. Casares, *BRAE*, 31 (1951), 515-516.

⁴⁶ R. Lapesa, *El Diccionario histórico de la lengua española: su situación y problemas*, ponencia (inédita) leída en el VIII Simposio de la Sociedad Española de Lingüística, 12.12.1978. Un resumen de esta ponencia se publicó en *RSEL*, 9 (1979), 233-234.

⁴⁷ R. Lapesa, "Le Dictionnaire historique de la langue espagnole", en *LLFR*, 27.

⁴⁸ Otros académicos que han aportado su saber y su autoridad al Seminario son don Salvador Fernández Ramírez, don Samuel Gili Gaya († 1976), don Alonso Zamora Vicente y don Carlos Clavería († 1974).

⁴⁹ Un programa iniciado en 1969 (cf. M. Seco, *TRLS*, 5) con el fin de sustituir progresivamente por fichas xerocopiadas la parte más defectuosa del material —una de las grandes rémoras del *Diccionario histórico*— no pudo realizarse con la intensidad deseada y hoy está parali-

zada por la escasez de medios. En esta escasez insiste R. Lapesa, *El DHLE* (v. n. 46).

⁵⁰ Art. II de los *Estatutos* reformados (1977) de la Real Academia Española: “[La Academia] continuará y revisará la publicación del Diccionario histórico de la lengua española, recogiendo las transformaciones que ha experimentado cada palabra” (*Estatutos y Reglamento de la Real Academia Española*, Madrid 1978, 6).

⁵¹ [R. Lapesa], prólogo al *DHLE*, I, 1972, VIII-IX. Cf. íd. (v. n. 47), 23-25.

⁵² En total, el artículo consta de 16 acepciones distribuidas en cinco ramas; pero desestimamos aquí, por su escasa importancia, la acepción 16, que constituye por sí sola la rama V.

⁵³ V. el penetrante comentario de una pareja de artículos del *DHLE*, en R. Lapesa, “*Alma y ánima* en el Diccionario histórico de la lengua española”, en *BRAE* (en prensa) y “*Alma y ánima* en el Diccionario histórico de la lengua española: su fraseología”, en *Homenaje a E. Coseriu* (en prensa). El método de las ramas semánticas —experimentado ya con pleno éxito en el *OED*— apareció expuesto detalladamente en J. Casares, *Introducción* (v. n. 19), 71-91. Sobre las distintas posibilidades de enfoque en el análisis de acepciones, v. F. Marcos Marín, “Problemas de redacción de los diccionarios históricos. El artículo “accidente” en el *TLF* y el *DHLE*”, en *Verba*, 2 (1975), 181-188.

⁵⁴ R. Lapesa (v. n. 51), VIII, daba la cifra de más de ocho millones de fichas, sin contar las de referencia. Desde aquella fecha, 1972, no ha cesado la incorporación de nuevos materiales a los ficheros. La nómina de obras citadas en el tomo I del *DHLE* incluye 7.196 títulos, de los cuales 851 son de autor anónimo y el resto corresponde a 2.736 autores conocidos. Sobre la variedad de niveles lingüísticos, frente a la opinión de M. Alvar Ezquerro, *Proyecto de lexicografía española*, Barcelona 1976, 39, el mismo Lapesa (v. n. 46) ha demostrado la utilización efectiva y abundante de toda clase de documentos, ordenanzas, inventarios, fueros, etc., que en muchos casos ofrecen los únicos testimonios de una palabra, y en otros permiten adelantar la fecha inicial o dar prueba fehaciente de variantes formales de multitud de vocablos que cuentan también con autoridades literarias.

⁵⁵ El texto de los dos epigramas está en B. Migliorini (v. n. 17), 86. Una imitación del de Scaligero aparece en el prefacio del *Diccionario* de los jesuitas de Trévoux, 1740 (cf. A. Rey, *Littré: l'humaniste et les mots*, Paris 1970, 304).

⁵⁶ El texto inglés dice: “Lexicographer: A writer of dictionaries; a harmless drudge, that busies himself in tracing the original, and detailing the signification of words”. La traducción española que doy es de J. Casares (v. n. 19), 146. Es mía, en cambio, la del fragmento del prefacio. Utilizo la ed. citada en n. 15.

⁵⁷ A. Rey (v. n. 55), 18.

⁵⁸ F. Lázaro Carreter, *Crónica del Diccionario de Autoridades (1713-1740)*, discurso de ingreso en la Real Academia Española, Madrid 1972, 97.

⁵⁹ E. Weekley, “On Dictionaries” [1924], en J. Sledd y W. R. Ebbitt (ed.), *Dictionaries and that Dictionary*, Glenview, Illinois 1962, 13.

⁶⁰ B. Migliorini (v. n. 17), 85.

⁶¹ É. Littré, *Comment j’ai fait mon dictionnaire* [1880], citado por A. Rey (v. n. 55), 127-128, y por G. Matoré, *Histoire des dictionnaires français*, Paris 1968, 120.

⁶² A. Rétif, *Pierre Larousse et son oeuvre (1817-1875)*, Paris 1975, 166.

⁶³ W. F. Twadell, citado por A. Zampolli, *CL*, 22 (1973), 120.

⁶⁴ A. Rétif (v. n. 62), 189.

⁶⁵ Murray escribía en 1904: “A veces me pregunto si alguien se dará cuenta del trabajo que cuesta el Diccionario [...]; pero no me importa: yo lo sé; y me gusta enfrentarme con los hechos y obligarles a entregar su secreto” (citado en K. M. Elisabeth Murray [v. n. 20], 301). Y, por su parte, James Hulbert dice rotundamente que no conoce actividad intelectual más grata que trabajar en un diccionario (*Dictionaries* [v. n. 19], 42).

⁶⁶ J. Casares (v. n. 19), 24.

⁶⁷ C. T. Onions (v. n. 20), xvii.

⁶⁸ J. Casares (v. n. 19), 24.

⁶⁹ W. von Wartburg (v. n. 4), 214; E. Schulze-Busacker, “Les collaborateurs du FEW”, en K. Baldinger (v. n. 4), 78.

⁷⁰ J. A. H. Murray (v. n. 20), 12.

⁷¹ S. Johnson (v. n. 15), [7].

⁷² A. Rey (v. n. 55), 142 y 144; K. M. Elisabeth Murray (v. n. 20), 201.

⁷³ Cf. I. Iordan, "Principes de définition dans les dictionnaires unilingues", en *Mélanges linguistiques*, Bucarest 1957, 229.

⁷⁴ S. Ekbo, "Le Dictionnaire historique suédois", en *TRLS*, 48.

⁷⁵ Por ejemplo: *Funk and Wagnalls New Standard Dictionary of the English Language*. [...] Prepared by more than 380 specialists and other scholars, under the supervision of Isaac K. Funk, Calvin Thomas, Frank H. Vizetilly, New York and London 1913. El *Webster's Third New International Dict. of the English Language*, Springfield 1961, dirigido por Ph. B. Gove, cuenta, aparte del equipo de redacción, constituido por 138 personas, con 202 consultores externos.

⁷⁶ En 1884, al publicarse el primer fascículo, el equipo del *OED* estaba formado por nueve personas: director, tres colaboradores de primera, tres de segunda y dos de tercera (K. M. Elisabeth Murray [v. n. 20], 369). Según mis noticias, el taller de Murray siempre se mantuvo alrededor de esta cifra. Téngase en cuenta, no obstante, que en el *OED* funcionaron más tarde simultáneamente otros equipos de redacción. En cuanto al número de redactores propiamente dichos en otros diccionarios, he aquí los datos recogidos directamente por mí de los respectivos directores en la Mesa Redonda de Diccionarios Históricos celebrada en Florencia en 1971: el *TLF* contaba con 40 redactores; el *Deutsches Wörterbuch*, con 6 en Berlín y 7 en Gotinga; el *Diccionario* sueco, con 6; el Suplemento del *OED*, con 14; el *Diccionario* holandés, con 4; el *Dictionary of the Older Scottish Tongue*, con 6.

⁷⁷ *TLF*, VII, 1979, v.

⁷⁸ Cf. L. Zgusta (v. n. 3), 348; J. Casares (v. n. 19), 256-260.

⁷⁹ Académie Française, *Dictionnaire historique de la langue française, comprenant l'origine, les formes diverses, les acceptions successives des mots, avec un choix d'exemples tirés des écrivains les plus autorisés*, Paris, I (A-Act), 1865; II (Ad-All), 1884; III (Alm-Asc), 1885; IV (Asc-Azy), 1894.

⁸⁰ Material de xerocopias y microfilmes es el que se utiliza en la reelaboración del *Deutsches Wörterbuch*; cf. J. Bahr (v. n. 17), 28. Sobre el intento, temporalmente paralizado, de renovar el fichero de la Academia sustituyendo el fondo antiguo por uno de fichas xerocopiadas, v. n. 49.

⁸¹ Así lo reconoce P. Imbs, "Les travaux pour le Trésor de la langue française", en *TRLS*, 14.

⁸² Cf. R. L. Venezky (Zampolli [v. n. 22], 123). Cf. también A. Duro, *TRLS*, 19: "El mérito de las máquinas se reduce muchísimo en

favor del trabajo humano". Téngase en cuenta que Duro habla a propósito de los trabajos de la Academia de la Crusca para un *Tesoro degli origini* proyectado básicamente sobre procedimientos mecánicos. Recuérdese, asimismo, la opinión de R.-L. Wagner: "Tenemos que [...] beneficiarnos, por supuesto, de las ventajas técnicas recientes, pero sin olvidar jamás esto: que en fin de cuentas un diccionario es una obra del espíritu. Las máquinas, sin duda, nos ahorrarán tiempo y esfuerzos; no nos dispensarán de ejercitar nuestra inteligencia y nuestra libre crítica" ("Le dictionnaire de Huguet; l'inventaire de la langue française", en *LLFR*, 31). Y la de J. H. Friend: "En esencia, la confección de diccionarios sigue siendo lo que siempre ha sido, una actividad humana que exige conocimiento, pericia, juicio, habilidad e intuición. El lexicógrafo ideal [...] tiene que conocer bien la lengua o lenguas con que se enfrenta, tanto en la forma hablada como en la escrita, y en sus variedades históricas, regionales, sociales y estilísticas. Tiene que conocer y poner efectivamente en práctica los principios y las técnicas de la lingüística. Tiene que poseer habilidad para inferir el significado preciso de las locuciones en un contexto, para distinguir matices de uso y gramática con frecuencia sutiles, para juzgar la relativa probabilidad de derivaciones discutidas, para organizar los polifacéticos materiales con que opera, y para escribir definiciones que sean exactas, comprensivas, claras y económicas. Ninguna máquina puede hacer esto" (*Encyclopaedia Britannica*, VII, 1969, 387).

⁸³ Cf. A. J. Aitken, *TRLS*, 40-41.

⁸⁴ Cf. P. Imbs (v. n. 11).

⁸⁵ F. de Tollenaere, "Le Dictionnaire historique néerlandais", en *TRLS*, 51. El Instituto de Lexicología Neerlandesa es sostenido en dos terceras partes por Holanda y en una tercera parte por Bélgica.

⁸⁶ Real Academia Española, *Diccionario*, I, 1726, xxxiv.

NOTA FINAL

Debo a la generosidad del profesor F. W. Hodcroft (Oxford) el haber podido utilizar algunos libros importantes sobre el OED. Al profesor F. de Tollenaere (Leiden), algunos pormenores sobre los diccionarios neerlandeses. A don Alonso Zamora Vicente, Secretario Perpetuo de esta Academia, el acceso a los Libros de Actas de la Corporación. A mi maestro don Rafael Lapesa, además de haberme permitido consultar trabajos inéditos suyos relativos al DHLE, la comunicación de interesantes noticias sobre el primer Diccionario histórico de la Academia y sobre los

orígenes del segundo. Acerca de este último punto debo también útiles informaciones a algunos veteranos del Seminario de Lexicografía: don José Hermida, don Emilio Arranz, doña Ana M.^a Barella y don Claudio Carrillo. A todas estas personas, y a algunas más, mi sincero agradecimiento.

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. DON RAFAEL LAPESA MELGAR

SEÑORES ACADÉMICOS:

EL ingreso de un nuevo miembro de número se celebra siempre en esta casa con la solemnidad que corresponde a la importancia del acto para la vida de la Corporación y a la resonancia que tiene en el mundo de las letras españolas; pero los ritos del protocolo secular no acallan la alegría que vibra en cuantos aquí nos reunimos en tales ocasiones. La entrada del neófito viene a satisfacer el deseo que nos había llevado a elegirlo “par inter pares”; supone que se incorpora a la Academia un colaborador en quien hemos puesto nuestras esperanzas, y manifiesta públicamente el reconocimiento de su valía. Este triple motivo de júbilo se acrecienta ahora en mí al cumplir vuestra honrosa encomienda de responder a quien, si objetivamente llega rico en méritos, es amigo al que estoy ligado por largos años de cordial afecto y tareas compartidas.

Lo conocí en la Universidad de Madrid entre 1949 y 1951, cuando yo daba mis primeros cursos completos como catedrático de una Facultad española, tras haber pasado año y medio enseñando en los Estados Unidos. Si había sido apasionante ganar para el hispanismo a jóvenes de otra lengua y cultura, mucho más fue encontrarme con alumnos españoles, para quienes eran vitales los problemas de nuestro idioma, de nuestras letras y de nuestra historia. Aquellos estudiantes me contagiaron su ardor juvenil. Comprendí que mi vocación consistía en estimular la suya y resolví afincar en España a pesar de todos los pesares,

desoyendo las tentaciones atlánticas. Entre mis nuevos estudiantes descollaba Manuel Seco: muy pronto descubrí en él envidiable claridad mental y exigente rigor, tanto al reflexionar sobre teorías o datos ajenos como al elaborar sus propios trabajos. Estas cualidades, lo mismo que el equilibrio con que moderaba sus entusiasmos y repulsas, provenían, como su decidida vocación, de ilustre herencia. Su padre, don Rafael Seco Sánchez, había sido profesor en la Facultad de Filosofía y Letras madrileña bajo el decanato de Morente. Murió muy joven, en 1933, a la edad de treinta y siete años; pero en 1930 había publicado un *Manual de gramática española* del que todos aprendimos mucho entonces. Aquellos dos tomitos de modesto aspecto y pulcra impresión contenían una doctrina renovadora y prudente a la vez; sin alardes terminológicos, manteniéndose aparentemente en las líneas de la gramática tradicional, Rafael Seco la reconsideraba a fondo con criterio independiente, introducía puntos de vista originales y exponía sus razonamientos con sencillez, claridad y precisión. Con su *Manual* entró en los estudios gramaticales hispanos una bocanada de aire fresco, anticipo de las que después vendrían con los dos cursos de Amado Alonso y Henríquez Ureña y con la *Sintaxis* de Gili Gaya. Nuestro nuevo compañero, que solo contaba cuatro años a la muerte de su padre, ha tenido como guía y estímulo constante el *Manual* paterno y se ha esforzado en mantenerlo vigente: en 1954 publicó una segunda edición puesta al día y en buena parte refundida según las aportaciones de Alonso-Henríquez Ureña, Gili Gaya y Salvador Fernández; en la tercera (1958) añadió por su cuenta un apéndice de Fonética y Ortografía; en la cuarta (1960), una exposición metódica de las *Nuevas normas de Prosodia y Ortografía* dictadas por la Academia un año antes; y en la décima (1975), notas referentes a las innovaciones que la Academia ha introducido en tales dominios y en el gramatical en su *Diccionario* común de 1970 y en su *Esbozo* de 1973. Tan perseverante cuidado ha conseguido prolongar la utilidad del *Manual* no solo para el público de cultura media o no especializado,

sino en muchas ocasiones también para los lingüistas. Si en esta ejemplar práctica de la “pietas” filial hizo sus primeras armas nuestro recipiendario y aprendió lecciones de claridad y moderación que nunca ha olvidado, encontró estimulante modelo para poner en juego su iniciativa personal e independiente.

Volvamos a las aulas donde lo dejamos cursando sus estudios de Licenciatura en Filología Románica. Terminados brillantemente en 1952, inició a continuación su labor docente en la Enseñanza Media y en cursos para extranjeros. En 1960 ganó por oposición cátedra de Lengua y Literatura Española, que ejerció sucesivamente en Institutos de Ávila, Guadalajara y Madrid. Así vino a formar parte del ilustre cuerpo docente que en Francia cuenta con figuras tan destacadas en las letras, el pensamiento y la lingüística como Mallarmé, Bergson y Guillaume, y al que en España pertenecieron, entre otros, nuestros académicos Alonso Cortés, Antonio Machado, García de Diego y Gili Gaya, y pertenecen en la actualidad Gerardo Diego, Salvador Fernández, Guillermo Díaz-Plaja y Gonzalo Torrente Ballester.

Preocupación constante de Manuel Seco ha sido renovar la enseñanza de la lengua y literatura en el Bachillerato. La memoria que presentó en su oposición a cátedra constituía un estudio profundo del problema, con certera visión de lo deseable y lo factible; daba orientaciones precisas y aprovechaba lo que al respecto se hacía allende nuestras fronteras. Comprendiendo su eficacia, la Dirección General de Enseñanza Media la publicó en 1961 con el título de *Metodología de la Lengua y Literatura Española en el Bachillerato*. Reeditada en 1966, sigue cumpliendo a la perfección su papel de valiosa guía. Su carencia de engolamiento y su atención principal a los problemas concretos de la enseñanza no ocultan la familiaridad, directa y madura, con muy extensa bibliografía sobre lingüística general y española, así como sobre teoría literaria. El autor de esta obra juvenil se revela ya maestro en el difícil arte de utilizar un saber extenso y profundo sin daño de la tersura expositiva. Su labor

de orientación didáctica incluye además conferencias, comunicaciones a congresos y artículos publicados en volúmenes colectivos. Atento a la importancia que lo visual tiene en los grados elementales de enseñanza, no ha desdeñado participar en libros que, destinados a la escuela primaria, llevan el título de *Imágenes y palabras*; y ha grabado discos didácticos sobre nuestra lengua, acompañados de un librito complementario.

Aunque en todo momento Manuel Seco se ha mostrado partidario de atender al uso lingüístico efectivo sin deformarlo con residuos arcaizantes ni pretensiones puristas, ha defendido con igual perseverancia la corrección representada por las preferencias que distinguen el lenguaje culto. En este sentido son eloquentes la Advertencia preliminar al *Diccionario de dudas de la lengua española* (1961) y el prólogo de Salvador Fernández que la precede: en ambos se defiende la norma, legitimada por el hecho de que el lenguaje no está sometido a leyes ciegas; su devenir puede ser encauzado convenientemente por criterios rectores. Ese *Diccionario de dudas* es un repertorio utilísimo para los hispanohablantes de todos los niveles y para los extranjeros que aspiren a perfeccionar su uso del español. Registra acertadamente las vacilaciones, los neologismos no estabilizados, las dificultades de la morfología y sintaxis normales, los vulgarismos; y en cada caso da prudentes consejos, justificados con explicaciones que ayudan a formar la conciencia lingüística del consultante. La documentación de usos anómalos en textos literarios y periodísticos actuales es abundantísima, y prueba hondo conocimiento de las tendencias que se están gestando en el español de nuestros días. Ocho ediciones en los veinte años transcurridos a partir de la primera avalan la extraordinaria utilidad de esta obra. Así lo ha reconocido el Ministerio de Cultura publicando recientemente (1979) una versión abreviada.

El tema central en los estudios lingüísticos de Manuel Seco es el que sirvió de título a la lección que dio en el Instituto de Ávila al inaugurarse el curso 1960-1961: *La lengua española*,

hoy. Le preocupan la situación actual de nuestro idioma, los peligros de que llegue a dividirse como consecuencia de su extensión geográfica, la necesidad de cifrar en el nivel literario el mantenimiento de su unidad; pero, aparte de estas cuestiones externas, ha analizado otras vinculadas al funcionamiento del sistema lingüístico y a su ejecución en el habla. Se ha ocupado así de *La lengua coloquial* según se refleja en la novela de Carmen Martín Gaité *Entre visillos* (1973); de *Un sufijo de la lengua popular* —el postverbal de “el despiporren”, “el desmiguen”, “el aprovechen”— (1975); de *El eufemismo y el lenguaje administrativo* (1976) y de *El lenguaje del área cultural* (1978). Esta serie de artículos revelan certera visión de las corrientes que impulsan la dinámica presente de nuestra lengua y caracterizan con aguda percepción los principales estratos de ella.

El interés por el lenguaje coloquial, manifiesto en el ya citado comentario a *Entre visillos*, y por la “Estilística de la lengua”, que estudió en un curso sobre *Cinco horas con Mario* de Delibes, confluyen en una de las obras capitales que nos ha dado Manuel Seco, *Arniches y el habla de Madrid* (1970), galardonada con Premio extraordinario como tesis doctoral y con el Premio Rivadeneira por la Academia. El lenguaje de Arniches es un caso límite en el flujo y reflujo de actividades creadoras compenetradas: una comunidad, el pueblo madrileño, configura por aceptación general un peculiar estilo de habla, trazado según Dios sabe qué modelos prestigiosos; un literato, Arniches, se identifica con ese estilo y lo enriquece con sus propias creaciones, que, a su vez, pasan en gran parte a integrarse en el acervo expresivo comunal. Aunque otros escritores habían preparado el camino a Arniches, el arte del comediógrafo alicantino supera toda la tradición previa. Manuel Seco, madrileño de nacimiento y de corazón, estudia con íntima simpatía el habla popular de Madrid y la imagen que de ella dan los sainetes y comedias arnichescos: señala los rasgos de su fonética y mor-

fología vulgares, la contribución léxica del gitanismo, argot y otras hablas marginales, la complacencia en emplear cultismos —frecuentemente alterados en su prosodia o en su significación—, y los procedimientos creadores puestos al servicio de la expresividad y de la ironía. Un “vocabulario popular”, abundantemente respaldado por ejemplos literarios, completa este libro que describe minuciosamente el arte consciente de un escritor y el arte espontáneo del pueblo fundidos en ósmosis perfecta: libro admirable, cuya rigurosa técnica no estorba al continuo deleite del lector.

Si en el estudio sobre Arniches hemos visto al lingüista enfrentarse con el fluir torrencial del habla, otra obra maestra de Seco, su *Gramática esencial del español* (1972), condensa el resultado de largas meditaciones sobre el sistema de nuestra lengua, sobre sus estructuras. Pocas veces se manifiesta de modo tan clarividente la conciencia de un autor respecto a sus propósitos, métodos y realizaciones: en las páginas preliminares anuncia “haber sacado el máximo rendimiento de los términos de la vieja gramática”, con la mayor parquedad en introducir nomenclatura no tradicional; pero a continuación declara que “debajo de cada término clásico aquí empleado hay una noción que solo en parte coincide con las antiguas”. Este “solo en parte” implica que si la coincidencia no es completa, tampoco la divergencia lo es: la renovación de los conceptos gramaticales no ha sido iconoclasta. Gracias a la conservación de lo que era utilizable en la solera, el vino nuevo ha podido entrar en los odres de la terminología tradicional sin romperlos. He empleado aquí “renovación” y “vino nuevo”, aunque Seco previene que su libro no es “nuevo”, sino “original”; en efecto, sin desconocer las distintas direcciones de la gramática moderna, la suya obedece a un criterio funcional que no se desentiende de la forma ni del sentido; y, sobre todo, empleando exactas palabras de su autor, “es, en pequeño, una visión general de la lengua española, por fuera y por dentro, donde cada una de las piezas ha

sido pensada y repensada a la luz de un sentido unitario". El sistema gramatical del español aparece esquematizado con claridad absoluta gracias a una simplificación racional y justa. Un capítulo inicial sobre la lengua y el habla provee al lector de dos conceptos básicos en la lingüística de nuestro siglo; y el capítulo final, sobre el uso y la norma, sirve de introducción a los problemas sociolingüísticos, en especial al de la relación entre la lengua escrita y el uso cotidiano. Es de desear que este panorama completo y armónico, perfectamente concebido, estreche en sucesivas ediciones la malla de sus cuadrículas hasta convertirse en la gran y exhaustiva gramática del español actual que Manuel Seco puede y debe darnos.

El interés por cuestiones léxicas, patente en obras suyas citadas antes, se manifiesta además en varios ciclos de conferencias sobre la evolución del vocabulario español en lo que va de siglo, procedimientos para la forja de nuevas palabras, neologismos técnicos y préstamos recibidos de otras lenguas. Dos excelentes capítulos de la *Gramática esencial* están dedicados a la estructura y vida de las palabras, y el artículo *El léxico de hoy* (1974-1977) examina con acierto y perspicacia sus tendencias actuales. Pero Manuel Seco no es solo un lexicólogo atento a los problemas lingüísticos del vocabulario, sino, sobre todo, un lexicógrafo excepcional, maestro en la técnica de registrar y definir palabras, ordenar sus acepciones y organizar diccionarios; y no con la mera facilidad del practicion inteligente: su experiencia —larga y esmerada— ha estado acompañada siempre por cuidadoso examen de los procedimientos empleados por otros dentro y fuera de España, con rigurosa criba de sus pros y sus contras, y con reflexión que a menudo le conduce a soluciones propias. En 1967 ocho conferencias suyas sobre "Técnica lexicográfica" presagiaron lo que han sido en los dos últimos años sus artículos *Problemas formales de la definición* (1978), *El "contorno" en la definición lexicográfica* (1979), *Medio siglo de lexicografía española* (1979) y *El primer diccionario sincrónico*

del español (1979). En este expone el proyecto y características de un *Diccionario del español actual* que dirige y elabora al frente de mínimo, pero selecto equipo. En él se propone recoger el léxico en el uso escrito de España durante los veinte años que median entre 1955 y 1975, excluyendo voces anticuadas o demasiado técnicas, comarcalismos y localismos. Para evitar el predominio de fuentes literarias, tres cuartas partes del material reunido proceden de periódicos, revistas de carácter general, catálogos, prospectos, etc.; la cuarta parte restante, tomada de libros, proviene tanto de obras literarias como didácticas, técnicas, políticas o religiosas. Lo avanzado de las tareas permite esperar que pronto contaremos con este valiosísimo testimonio del vocabulario hoy vigente.

Manuel Seco, lingüista ponderado y sagaz, gramático penetrante, captador de matices estilísticos en la creación popular y en la literaria, agudo observador de la lengua actual y lexicógrafo provisto de técnica rigurosa, está incorporado a nuestra empresa del *Diccionario histórico* desde hace más de dieciocho años. Permitidme que antes de entrar en consideraciones sobre el discurso que acaba de leer diga lo que su presencia ha significado y significa en el Seminario de Lexicografía. Asimiló rápidamente la compleja casuística del *Diccionario* y desde los primeros artículos que redactó la puso en práctica con desusada maestría; muy pronto se convirtió en consejero de los demás colaboradores, quienes le consultaban en sus dificultades y solicitaban de él la revisión del trabajo que iban haciendo; sus dotes organizadoras y su afán por obtener más rendimiento en las tareas del Seminario le han impulsado a proponer modificaciones de procedimiento cuya eficacia se ha evidenciado inmediatamente. De redactor pasó a “redactor especial” en 1968 y a “redactor jefe” en 1974. Hace tiempo le llamé “mio braço maior”; ahora más exactamente, pues ni yo soy Cid ni él es solo Alvar Fãñez, tengo que decir otra cosa: Manuel Seco es hoy

cabeza y brazo del *Diccionario histórico de la lengua española* y la mejor garantía de su continuidad.

Prueba de ello es el magistral discurso que acabamos de oír. Con vigilante atención a las empresas semejantes realizadas o en curso dentro de Europa, nos ha dado cumplida noticia de las características, métodos e historia de las principales, así como del apoyo que han tenido en las respectivas comunidades lingüísticas. ¡Qué desolador es el contraste con la indiferencia de la sociedad española respecto al tesoro léxico de nuestro idioma! Las subvenciones estatales para el *Diccionario histórico* siempre han sido insuficientes; fuera de ellas no ha habido aportación alguna extraña a la Academia: cuando hemos acudido a alguna fundación particular en petición de ayuda, se nos ha denegado. Ya habéis oído que la demanda de colaboración privada para la recolección de materiales no tuvo eco. Ni siquiera contamos con apoyo moral: los grandes medios de comunicación apenas se ocupan de nuestro trabajo, ignorado en los programas que se destinan a los “trescientos millones” de hispanohablantes. Solo cartas particulares nos alientan de vez en cuando con palabras de entusiasmo ante la magnitud y trascendencia de la obra, a la vez que expresan impaciencia por la lentitud con que se realiza.

Y tienen razón en las dos cosas. Habéis escuchado la exacta descripción que Seco ha hecho del *Diccionario histórico* y habéis podido conocer, en su análisis del artículo *aleluya*, las dificultades que presenta la organización de los materiales para ofrecer con fidelidad la historia de cada palabra en una visión congruente y clara; ese mismo ejemplo muestra la riqueza de la información suministrada. No voy a ponderar aquí las excelencias del *Diccionario histórico*: en otras ocasiones lo he hecho sin vanidad personal, porque no fui quien lo proyectó y porque mi intervención se ha diluido en la tarea colectiva de un equipo. Lo que me importa subrayar ahora es la vital importancia que ese Diccionario tiene para el mundo hispanohablante y en especial para España.

Como sabéis, se propone registrar el vocabulario empleado por los hispanohablantes de toda época y nivel social, “desde el señorial y culto hasta el plebeyo, desde el usado en toda la extensión del mundo hispánico hasta el exclusivo de un país o región, desde el más duradero hasta el de vida efímera”; cronológicamente, desde la época preliteraria hasta nuestros días. Programa tan ambicioso puede parecer desmesurado. ¿No es una lección de prudencia lo que nos da el *Trésor de la langue française* proyectando diccionarios independientes para cada época y limitándose de momento al de los siglos XIX y XX? Responderé que nuestra situación es muy distinta de la de los lexicógrafos franceses: ellos cuentan con el enorme *Dictionnaire de l'ancienne langue française* de Frédéric Godefroy, todo lo envejecido que se quiera, pero riquísimo en palabras, formas y acepciones bien ejemplificadas; para el francés clásico y moderno tienen el monumental diccionario de Émile Littré; para el actual, el *Dictionnaire alphabétique et analogique* de Paul Robert; disponen además de la muy extensa *Historia de la lengua francesa* de Brunot. Nosotros no tenemos nada comparable: para la Edad Media, vocabularios sueltos de autores y obras, aunque alguno, como el cidiano de Menéndez Pidal, sea de muy alto valor; el *Vocabulario medieval castellano* de Cejador es elemental e incompleto; el *Tentative Dictionary of Medieval Spanish* de Boggs, Kasten, Keniston y Richardson no pasa de ser un intento muy parcial; y el gigantesco proyecto puesto en marcha por la Universidad de Wisconsin, aunque nos beneficie con sus anticipos, no nos exime de nuestros deberes respecto al español medieval. Tampoco poseemos diccionarios ricos y documentados del español clásico y moderno: el de Autoridades, excelente para su tiempo, es hoy solo un punto de apoyo a falta de otros mejores; el admirable *Diccionario de construcción y régimen* de Rufino José Cuervo solo llegó hasta la D y no incluye sino las palabras que interesan a sus fines sintácticos; y el *Tesoro lexicográfico (1492-1726)* de Gili Gaya se limita a compilar los diccionarios de la época y no pasó de la letra E. Urge, pues, contar con un

repertorio que, con técnica más depurada, sea para nuestra lengua lo que el Godefroy, el Littré y el Robert sumados representan para el francés.

Por otra parte, los lexicógrafos galos no se ocupan ordinariamente sino de la lengua usada en Francia y aledaños (ignoro si el *Trésor* registra también voces quebequenses o de otros dominios francófonos extraeuropeos); pero nosotros no podemos dejar a un lado el léxico hispanoamericano en ninguna de estas cuatro categorías: 1) el que es común con el nuestro; 2) la herencia del español medieval y clásico subsistente en América y no compartida hoy por los hispanohablantes de España; 3) las voces de substrato amerindio o de procedencia africana incorporadas al español hablado en países de América; 4) las creaciones hispanoamericanas autóctonas. Ahora bien, un diccionario que recogiese la diversidad léxica del español vigente hoy en todo el mundo hispánico, sin presentar al mismo tiempo la base común previa, ocultaría gravemente la realidad histórica. Veamos un caso entre los muchos que podrían citarse: en 1942 Santamaría da la noticia de que en Méjico dicen “¡y que *se abre!*” a propósito “del que se resuelve a acometer y acomete con empeño”; en 1946 Malaret registra *abrirse* como ‘decidirse por actos de hombría el joven encogido’; y como ‘perder el miedo los pollos cuando empiezan a cantar, a buscar a la hembra o a pelear con gallos’ se documenta para Yucatán en 1898, para Riohacha (Colombia) en 1920 y para Santo Domingo en 1946. La carencia de testimonios españoles contemporáneos haría pensar que se trataba de un desarrollo semántico nacido en aquellas zonas de América; pero Barrionuevo, que escribía sus *Avisos* en el Madrid de Felipe IV, escribe en 1655: “Al Marqués de Aitona envían a Cicilia a que degüelle por allá garnachas [esto es, gente de toga], que en Madrid no *se abre* el Rey a tanto”. Así pues, la presunta innovación americana no es tal, sino perduración de un uso atestiguado en la corte española de los Austrias. Sin salir de la sincronía actual, la amplia información del

Diccionario histórico sobre el léxico regional de todo el mundo hispánico permite señalar antecedentes o paralelos andaluces para el colombiano *abajero* 'perteneciente al barrio o comunidad de abajo', el rioplatense *abicharse* 'agusanarse', el antillano y tabasqueño *abofarse*, *aboharse* o *abojarse* 'hincharse' y muchos más; *acaldar* 'acobardar, agobiar' aparece en el Perú y en la Montaña santanderina, donde tiene, además, las acepciones de 'derribar a palos, tumbar, postrar', formas contundentes de 'acomodar, arreglar, poner en orden', que era uno de los significados del castellano antiguo *acabdar*, leonés *acaldar*. El *Diccionario histórico* servirá a la conciencia unitaria de los hispanohablantes mostrando lo mucho que es igual en el léxico de todos sus países, lo mucho que en otros tiempos fue común a quienes pasaron el mar tenebroso y a quienes permanecieron aquí, lo mucho que podemos intercambiar unos y otros.

La objeción más grave que se nos hace es la lentitud en nuestro ritmo de producción: nadie lo padece tanto como quienes hemos entregado a la gran empresa muchos años de vida y esfuerzo. Sabemos que nuestro siglo no es el de los alarifes, canteros y escultores de inmensas y primorosas catedrales; por ello no nos sirve de consuelo pensar que el *Thesaurus Linguae Latinae*, obra conjunta de las universidades alemanas, empezó a publicarse en 1900 y todavía está lejos de acabarse, a pesar de que casi no hay escritor latino cuyo léxico no haya sido registrado antes exhaustivamente sobre ediciones punto menos que definitivas. No podemos resignarnos a tardanzas seculares porque sentimos nuestro Diccionario como una misión urgente. Por increíble que parezca, siempre hemos trabajado acosados por la prisa. Nuestra lentitud tiene como causa principal la penuria económica, con radical disminución de personal en los últimos años, durante los cuales no hemos podido siquiera cubrir bajas. Pese a todo, nuestro equipo mantiene la máxima actividad que las circunstancias permiten; la perfecciona al enfrentarse a cada momento con problemas técnicos nuevos, pues cada palabra pre-

senta los suyos; cuatro o cinco de nuestros redactores podrían dirigir grupo si llegara el día de completar la plantilla; en suma, se encuentra a punto, en espera de que la sociedad y el Estado españoles se preocupen efectivamente por su lengua.

En los fastos del Seminario de Lexicografía está señalado con piedra blanca el día en que Manuel Seco se incorporó a nuestras tareas. Estoy seguro de que los de la Academia marcarán de igual manera el día de hoy. Mucho puede ayudarnos nuestro recipiendario. Mucho esperamos de él. Bienvenido a esta casa.